

EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.

MADRID. ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIAS. ... 130 rs. ... 36 rs. ... 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
 D. Francisco de P. Mellado.

1^{er} Año. N^o 26. — Julio 2 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la
 redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,
 calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de
 España y América, á los Sres. A. Laplace y C^o, calle de
 St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.

ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. ... 55 » (11 ps.). ... 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en París, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.
 Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

SUMARIO

TEXTO. — Crónica de
 París, por JULIO LE-
 COMTE. — Francisco II,
 rey de Nápoles, en el
 cuartel del Granil, por
 MAXIMO VAUVERT. —
 Asuntos de Syria, por
 LÉO DE BERNARD. — Cos-
 tumbres de Bonapar-
 te, primer cónsul, por
 ALEJANDRO DUMAS. —
 Las Riflewomen (batallon
 de voluntarios femeninos
 en Inglaterra), por AL-
 BERTO DE LASALLE. —
 Los voluntarios del ejér-
 cito pontificio, por M. V.
 — Correspondencia par-
 ticular de Sicilia, por
 DURAND-BRAGER. — Es-
 pedicion de la China. —
 Toma de la isla de Chu-
 san. — La calle de la Te-
 sorería, en Canton. —
 Kiosco en los jardines
 de Hao-qua. — Tancadé-
 res de Canton, por MAG
 VERNOLL. — Naufragio
 del buque la Europa en el
 islote de Triton, en el
 mar de China, por MÁXI-
 MO VAUVERT. — Crónica
 de Tribunales, por PE-
 TIT-JEAN. — París des-
 conocido, los Tapetes
 verdes, por E. GOURDON.
 — Exposicion de agricul-
 tura en el palacio de la
 Industria, art. 3^o (las
 máquinas), por EMILIO
 BOURDELIN.



SUMARIO

GRABADOS. — Fran-
 cisco II, rey de Nápoles.
 — El rey de Nápoles
 arengando á las tropas
 en el cuartel del Granil.
 — Asesinato de los cris-
 tianos maronitas en el
 patio de una casa en
 Deir-el-Kamar (Syria).
 — Vista de Beyrouth. —
 Las Riflewomen, batallon
 de voluntarios femen-
 inos en Inglaterra. — Vo-
 luntarios uniéndose al
 ejército pontificio. — Es-
 pedicion de China. —
 Ocupacion de la isla de
 Chusan por las fuerzas
 aliadas de Francia y de
 Inglaterra. — Puesto del
 Telégrafo en Mesina, ocu-
 pado por el ejército na-
 politano. — Ciudadela de
 Mesina. — Puesto avan-
 zado del ejército real ar-
 riba de Jessó en la mon-
 taña. — Calle de la Teso-
 rería en Canton. — Kios-
 co en los jardines de Hao-
 qua en Fati. — Tanca-
 dères de Canton. — Nau-
 fragio del buque la Eu-
 ropa, en los mares de la
 China. — Exposicion de
 agricultura en el palacio
 de la Industria. — Las
 máquinas (Lámina 3^a).

Francisco II, rey de Nápoles.

Ayuntamiento de Madrid

CRONICA DE PARIS.

~~~~~ El nuevo ministro de los Estados Unidos, M. Faulkner, secundado por el cónsul M. Spencer, dió, el 4 de este mes, en el parque de Villiers, en Neuilly, una gran fiesta campestre en celebridad del octogésimo-cuarto año de la independencia de su nación. El estío dudoso tuvo el capricho de limpiar de nubes el cielo para dar un esplendor escepcional á la fiesta, puesto que la mañana siguiente triste y fría vino á dar un nuevo mentís al almanaque cuando dice: « Julio, — esto es, pantalón blanco! — mientras que el barómetro marca lluvia, ó viento, esto es paraguas, gabán y franela. » El barómetro es este año un adulator complaciente con su disyuntiva ó — porque las mas de las veces tenemos á la par lo uno y lo otro! Volvamos á la fiesta de Villiers.

La franqueza de las costumbres americanas reinó noblemente durante toda la fiesta, notándose sólo tal vez alguna escentricidad. Entre las lindas *young ladies* se veía cierto número de *nurses* (léase nodrizas) con sus *babies*. Esto consiste en que ningun hijo de la vasta colonia de la América septentrional deja de hacer aquí lo que se practica en la menor aldehuela de la Union, en donde cada cual, ese día, lee lo que se llama el *State paper*, ó acto de independencia, — con acompañamiento de música, danzas y de *lunch*, con la añadidura de una comida y tras la comida la cena.

Habiase plantado una tienda en medio del parque, la cual servia de salón de baile. Leíanse en el extremo superior de treinta y cuatro columnas decoradas con los colores nacionales los nombres de los diferentes Estados de la Union. El busto de Washington, — de color mate y menos risueño que el de los estandartes con sus rayas y sus estrellas, — se ostentaba sobre un estrado en el centro del recinto consagrado á la fiesta nacional.

Animó á todos los convidados la mayor confianza, la mas espontánea cordialidad, y diplomáticos, notabilidades burocráticas y sociales de Paris alternaban amistosamente con los verdaderos héroes y lindas heroínas de la fiesta. El bufete no podia contener á la vez á todos los concurrentes: de aquí la necesidad de dividirse en pintorescos grupos, ya sobre la verde alfombra, ya bajo tupidas bóvedas de arbustos, ora al borde de una fuente, ora en muelles y elegantes asientos. El golpe de vista era delicioso, encantador!

A las cinco de la tarde, antes de la lectura del *State paper*, M. Faulkner improvisó un discurso oportunísimo y feliz sobre los beneficios de la independencia de la América septentrional, independencia debida principalmente á la Francia. Cuando el señor ministro recordó la batalla de Yorktown, en donde el ejército inglés á las órdenes del famoso Cornwallis rindió las armas ante Lafayette y Rochambeau, — á consecuencia de la toma de los dos reductos formidables por los ejércitos unidos de América y Francia, — los aplausos que estallaron fueron tan nutridos y entusiastas, que este arranque patriótico fascinó todos los oídos, todos los corazones. Se comprende muy bien que el aniversario de la Independencia Americana no podia tener por presidente al noble M. Faulkner, sin que el buen nombre francés encontrase un digno lugar, como en otro tiempo le tuvieron ambas naciones en medio de sus gloriosas batallas.

Al volver de Villiers, el ministro de los Estados Unidos reunió en su palacio del círculo de los Campos Eliseos á sus íntimos amigos, y la fiesta y el baile se prolongaron gran parte de la noche. Llamó bastante la atención en este apéndice de la fiesta que hacia los honores de la legación madama Lott, hija de

Su Escelencia, hermosa, hechicera jóven que simboliza todos los encantos físicos é intelectuales de su país, á la vez que su padre representa tan dignamente sus altos y graves intereses.

~~~~~ Hace pocos años se veían mas que hoy algunos carruajes de alquiler caminar lentamente y con las cortinillas cerradas por los *boulevards*, por los Campos Eliseos, por el bosque de Boloña y algunos otros sitios públicos. Esta moda de carácter ambiguo disminuyó mucho desde que se sabe que los policías tienen derecho de levantar las cortinillas de estos coches, llamados por el duque de Montpensier *trenes de placer* y hoy muy raras veces se nota uno que otro, no ya en Paris, sino en sus alrededores.

Sin embargo, no ha muchos días, á eso de las cuatro de la tarde, un caballero frizando en los cincuenta, se dirigia paso á paso alegremente hácia el arco de la Estrella, con el sombrero ladeado, una mano en el bolsillo y cimbreado en la otra un junquillo con pomo de oro. Este caballero, marido de una linda niña por mas señas, ostentaba un par de bigotes á la borgoñona, negros como el azabache, merced á los adelantos químicos de nuestra época: por debajo de los bigotes se desprendían densas y blancas nubecillas de humo, hijas legítimas de un soberbio puro de la Vuelta de abajo. Todo revelaba en él ese buen humor, esa satisfacción, ese contento de un hombre, ó si mas te place, agudísimo lector, de un marido que saborea á sus anchas algunas horas de libertad hurtadas á la dorada cadena del himeneo.

Al mismo tiempo que el caballero, iba lentamente y en la misma direccion un elegante y misterioso cupé de alquiler. Aperciéndose en él otro caballero, tambien con su habano en la boca, inclinado hácia la ventanilla izquierda y mirando maquinalmente á los transeúntes que se cruzaban en su camino. Cerca del *castillo de flores* — nocturnas — (en donde se reúnen las Loretas y adeptas de Terpsícore) el caballero pedestre y el *cochestre* se encontraron en la misma diagonal. El del carruaje fijó primero su vista en el del asfalto y asaltado repentinamente de cierto pensamiento burlesco, sonríe y arroja el cigarro como un hombre que se resuelve á tomar una brusca determinación. Casi en el mismo instante y conforme á sus deseos, le apercibe el paseante pedestre... y en vista de esta mirada, baja repentinamente la cortinilla, saca la cabeza por la otra portezuela y grita al cochero.

« — A galope, por la avenida de Neuilly! cinco francos de propina si dejamos atrás todos los carruajes. »

El cochero, sorprendido pero contento, endereza cuatro latigazos al cuadrúpedo, que inocente á tal castigo se manifiesta reacio y sacude las herraduras contra su agresor. Mas el auriga insiste, y la bestia rumiando en su ángulo facial el proverbio de dar cozes contra el aguijón, se decide á arrancar y parte al fin al galope.

Lanzado el vehículo, el jóven que va dentro se pone á mirar por el cristal de la testera y ve que el pedestre, que observa este nuevo ademán, arroja su cigarro, cala el sombrero, é impele un movimiento rápido á sus piernas en pos del carruaje misterioso y fugitivo.

« — A ese, á ese: al coche! cojedle! » — gritaba el perseguidor, escitando la atención de los agentes de policía. En tanto, el personaje del coche dice al auriga, diez francos si cojes la delantera á ese caballero!

« — Eso no es difícil! — contesta y dobla con la propina el número de latigazos sobre el lomo del cuadrúpedo, y los carruajes particulares que alcanzaron se consideraban como en primeros palcos para asistir al drama que era de presumir de una fuga y de una persecución semejanter. Algunos, á fin de ver su

desenlace, apretaron á sus caballos, escoltando al cupé de las cortinillas, porque el perseguidor pedestre corria, volaba, y á fin de estar mas ágil se habia desprendido del baston y del sombrero.

» — Cojedlos! cojedlos! »

Pero nadie respondia á sus voces. Y en tanto crecían las alas en sus piés, en términos que se presumía alcanzase al coche fugitivo al menor obstáculo que este encontrase en su carrera.

Efectivamente, en el sitio donde, no hace mucho se ostentaban las magníficas casetas del resguardo, tres ómnibus, una carretela, cuatro *char-à-bancs* y dos cabriolés se enredaron de modo que nuestro cupé fugitivo tuvo que pararse mal de su grado. El perseguidor, viendo este obstáculo, saca fuerzas de flaqueza, cobra nuevo vuelo y los espectadores le vieron ya á punto de tocar en la meta. Pero el jóven escondido exclamó:

« Quince francos de propina si no nos alcanza! »

El auriga, con un golpe de vista milagroso y un tremendo varapalo, consiguió libertarse de aquella red de carruajes y salvar la puerta del Arco á galope tendido. Un *ay!* prolongado y sentido partió de la multitud apiñada de espectadores, quienes tomaban un vivo interés, ya por el fugitivo, ya por el perseguidor.

En tanto, éste, en el colmo de la escitacion, dotado de un aliento tan enérgico como su tenacidad, y cortando por derecho al punto á donde debía salir el cupé, lanzado como por el resorte de una nueva esperanza, hizo un esfuerzo supremo, y en dos saltos sobrehumanos se encontró ya á muy corta distancia de su presa... cuando el caballo del cupé tropezó en una piedra y cayó al suelo.

» Veinte francos si vuelves á arrancar!... »

Pero mientras que la fusta tremenda descarga una granizada de palos sobre la exánime bestia, el caballero, el marido, llega y ase la manecilla de la portezuela derecha forcejeándola con furor: mas esta se resiste retenida interiormente por una fuerza igual... La lucha se prolonga algunos instantes, entre las exclamaciones enérgicas del perseguidor:

« — Oh! al fin le tengo á usted, caballero: llegó la hora de mi venganza! Todo Paris va á saber... »

La portezuela, punto de apoyo de dos fuerzas contrarias, parecia ceder y pronta á abrirse de un instante á otro, y cinco ó seis carruajes y otros tantos ginetes, ansiosos de ver el desenlace de aquella ocurrencia, esperaban que el drama estallase... cuando de repente el jóven del interior soltó de un golpe la portezuela en manos de su adversario, quien continuando en tirar de un objeto, abandonado impensadamente, cayó de espaldas en el suelo recién humecido por los carruajes de riego público.

« — Caballero, tiene usted la bondad de decirme con qué derecho interrumpe mi paseo? » — dijo el jóven, quien apareció *absolutamente solo* en el cupé perseguido con tan encarnizada obstinacion.

El anciano se habia puesto ya en pié.

« Y ella... en donde está?... donde se fué? » — exclamaba sin pensar en el nuevo traje de lodo con que estaba vestido de piés á cabeza.

» — Ella!... quién es ella, caballero?

Los espectadores reían á carcajada suelta...

En aquel momento llegaron los agentes de policía, para dar fé, segun se les habia anunciado, de « un fragante delito. »

¿Éralo en efecto el pasearse solo en coche con las cortinas echadas para evitar el sol y el polvo del verano?

Cuál sea la causa de esa persecucion, de ese engaño... uno de esos hombres lo sabe; pero siempre continuará siendo para nosotros un enigma cuya solución no querrá darnos ninguno de los actores de esta escena.

En una de las últimas reuniones de la princesa Sofia de Galitzin, oí contar la anécdota siguiente:

El joven conde Zawisza, descendiente de una antigua familia polaca en la cual se conserva la curiosa tradición de *Zawisza el Negro*, después de haber tomado una parte activa en la revolución de su patria, se vió en el duro caso de fugarse tras la derrota y cometió la cariñosa imprudencia de volver en 1833 á dar un abrazo á su madre, asaz anciana y achacosa para poderle acompañar en el destierro. Zawisza fué sorprendido, detenido, acusado de conspirar nuevamente, juzgado y sentenciado á muerte.

La madre acude presurosa á los pies del general á solicitar la gracia de su hijo. El príncipe se muestra sordo á los ruegos y al llanto, entonces ella se levanta desesperada y le dice:

« — Puesto que no tienes piedad de mi amargo dolor, yo también seré sin compasión para tí. Cuando llegue tu hora postrera... volveré viva ó muerta... á asistir á tu agonía... que será terrible y quedaré vengada. »

Marchó la desconsolada madre y su hijo pereció en el patíbulo.

La mano del tiempo, inexorable también en su marcha, marcó veinticuatro años más en la frente del siglo, y el general, abrumado por la edad caduca y por los achaques, cayó postrado en el lecho del dolor. Los periódicos consignaron durante algunos meses la lucha prolongada que no debía tener otro término que la muerte. La agonía del anciano fué terrible. Cada mañana el moribundo se quejaba de cierto suplicio horrendo que le atosigaba durante las lentas horas de la noche, suplicio que le tenía suspendido entre el ser y la nada, sin dejarle vivir, sin concederle tampoco la esperanza de morir. Una mujer, — la anciana condesa Zawisza, — aparecía á la cabecera de su lecho, echándole en rostro su crueldad hacia ella — abrumándole con denuestos, cebándose en sus dolores y exacerbándolos con reiterados sarcasmos... Aquella figura amenazadora, constante, horrible, implacable, — el remordimiento encarnado, — era para el príncipe un martirio mayor que el conjunto de sus físicas dolencias, y pasaba el día, — durante el cual se desvanecía la triste aparición, — hablando de ella... temiéndola azorado, inquieto... y describiendo en constante delirio su aspecto, sus facciones, sus vestidos, el eco de su voz... comunicando sus terrores intensos á cuantos se encontraban en derredor suyo.

Una noche, la condesa, fiel á sus aterradoras visitas, se acercó á la cabecera del moribundo; mas su lenguaje era ya distinto:

« — Tengo compasión de tí! — dijo al príncipe. — Estoy mas que vengada de tu crueldad con mi dolor á la vista del tuyo!... tu terrible agonía sació ya mi encono... no me volverás á ver! muere en paz! »

Y, en efecto, desde aquella noche cesaron las visitas de la vengadora condesa...

Ocho días después espiró tranquilamente el príncipe Paskiewisch d'Erivau.

Nuestros lectores comprenderán muy bien que la fúnebre aparición existía sólo en el cerebro del enfermo: él mismo, en su hora suprema, herido por las amenazas terribles de la madre, había evocado la sombra de esta figura vengadora, y el martirio que atosigaba la agonía del paciente, sugirió á la familia la última estratagema de la aparición que puso término á sus constantes angustias. — Cuando el príncipe se conceptuaba perseguido por la condesa Zawisza, ésta había cesado de vivir hacia ya doce años!

Una de estas noches, cierto *dilettanti* llegó al Teatro de la Opera cerca de las nueve, durante un entreacto, y se sentó en una buta-

ca al lado de un caballero que tenía entre sus rodillas un gran bastón, en cuya estrechidad había colocado su sombrero de fieltro.

« — Caballero... tiene usted la bondad de decirme en qué acto están? — le preguntó el recién venido. »

« — No lo sé, — respondió el del fieltro, — no soy de la ciudad. »

Entre las demoliciones que están transformando el aspecto de París, ha desaparecido una casa, marcada con el número 13 y reputada en su barrio como *maldita*! La fatalidad que sobre ella pesaba nacía del número desgraciado y cabalístico 13? Lo ignoramos. Ni quién osará sostener una respuesta negativa ante la preocupación tan general como absurda sobre este desgraciado guarismo? Como quiera, hay un hombre que toma á su cargo tan ruda tarea, un Atlante que echa sobre sus robustos hombros tan grave peso, y ese hombre es un huésped que retó durante cinco años la fatalidad del número *trece* viviendo todo ese tiempo en una casa que lleva esta cifra fatídica, en medio de una vida serena y feliz. Tanto, que al abandonar su caro número fatal por causa de *ensanche*, como se dice hoy, sintió cierta inquietud, cierta emoción... porque hasta aquella fecha la fatalidad había sido su cariñosa y fiel protectora. Mas, qué remedio? La piqueta demoledora amenazaba con sus inexorables golpes: forzoso fué á nuestro fanático anti-fatalista irse con la música á otra parte y abandonar una casa que sería hoy tan fácil de encontrar como las estelas de los naos de Cristóbal Colon sobre la azulada espalda del Océano. No olvidemos de consignar que en el piso bajo sombrío é infecto de aquella casa vivía un vendedor de frutas y legumbres.

El doctor en medicina, M. Ren... probó que moría *uno por mes* en la casa maldita, ofrecida á poco precio por su propietario afligido pero alojado regaladamente lejos de aquel condenado recinto. La modicidad del alquiler, la ignorancia del caso en unos, ó el estoicismo en otros, hacia que los inquilinos acudiesen presurosos, sucediéndose á porfía de trimestre en trimestre. La casa de enfrente, n.º 16, estaba casi siempre huérfana de vecinos á causa del continuo é interminable espectáculo de los entierros de la clase pobre. ¿Debiase á algún arquitecto *jettatore* la construcción de ese hospital permanente tan conocido de los saca-muertos, quienes dejaban colgada detrás de la puerta la bayeta negra que habían de necesitar al día siguiente? Un día desapareció, presa de unas uñas, el paño mortuario! Con qué objeto semejante hurto? Para vestirse? Para ceñir á un cuerpo vivo y sano un paño que había cubierto tantos cadáveres? Horror, sacrilegio! Hay jentes capaces de todo!

El galeno suponía que de los cimientos de aquella casa realmente mortuoria se exhalaban miasmas deletéreos que infestaban la atmósfera renovada con mucha dificultad. Esta explicación era mas natural, mas lógica y admisible que la del *jettatore* ó sortilegio. La víspera del día en que el fallo de espropiación entregó esta casa á merced de las piquetas demoledoras, nobles herederas de los martillos que clavaron tantos atahúdes, la víspera de ese día, repetimos, falleció allí un hombre todavía, y de un modo tan fatal que á nadie causó extrañeza; ocho días después, avino otro accidente por el cual un pobre jornalero perdió la vida bajo el peso de una carreta cargada de escombros. — « Ya verán ustedes cómo el sitio que ocupa esa casa abastecedora de tantos cementerios, espacio convertido hoy en vía pública, » será perpétuamente célebre por los choques, » vuelcos de carruajes, roturas y demás desgracias en lo sucesivo! » nos decía un creyente que ni por todo el oro del mundo se aventura á pasar por aquel sitio de la calle de Rivoli. — Vengamos á la última historia de esta siniestra morada.

Tiene sus matices ridículos y burlescos, aunque termina de un modo fúnebre. El citado verdulero del piso bajo tenía una hija, — esta hija tenía un galán, — este galán tenía una madre, — y la madre no quería que el galán llevase á la niña á la iglesia: suplo el verdulero y se llenó de indignación. Un día que lloviznaba, el galán, interpelado por el de la hortaliza, sobre su promesa matrimonial, se disculpaba como Dios le dió á entender de su falta de cumplimiento. Enzarsóse la cuestión: el viejo era impetuoso, irascible, duro... muy verde, propiedad de verdulero. El joven, al contrario, se mostraba sereno, paciente, quizás á causa de su falta. La muchacha, que también formaba parte de la escena, aparecía bañada en lágrimas, pesarosa sin duda de varios escesos de confianza. De repente... — habíase propasado el mancebo? — el padre ofendido lanza á la cabeza de éste una de las pesas con que pesaba la manteca: felizmente el tiro fué en vago... y la designada víctima trató de sustraerse á la iracunda venganza. Pero el anciano armó tal alboroto en la puerta, que por todas partes acudieron curiosos en tanto número, que fué imposible al fementido don Juan tomar las de Villa-Diego. Entre tanto se presentó un agente de policía, de estos á quienes ciega impetuosamente el mismo celo del servicio, y á la simple queja del de la hortaliza echa mano *al de las calabazas*, reo de *injurias graves*... término de acusación forense.

« — Qué injurias son esas? — interrogó un vecino ávido de emociones y con sus ribetes de letrado. »

« — Ese tuno, cuando le pregunté porqué no se casaba con mi hija, me respondió: « La verdad... porque cuando uno la conoce un poco... se encuentra uno con un *chasco*!... un *chasco*! »

« — Yo no he dicho eso, señor policía; pero el verdulero me riñó, estaba furioso, quise marcharme y no teniendo paraguas, alargué la mano fuera de la puerta y dije: va á caer un *chubasco*!... »

Los espectadores entregaron libremente á la risa sus mandíbulas y el polizón soltó al acusado. Volvió á entrar furioso el anciano en su casa, cerrando la puerta con tal violencia, que hizo vacilar una tabla con una gran maza que le cayó sobre la cabeza... dejándole muerto en el sitio.

Tal fué la última muerte de esta malhadada casa. Acaso digamos mas adelante á nuestros lectores por donde deben pasar para evitar el paraje maldito que ocasionó tantas víctimas.

En cierta calle que no queremos nombrar se acaba de establecer una nueva industria: la venta de guantes lavados.

Hasta ahora la limpieza de los guantes se hacia por cuenta de las jentes económicas, mediante algunos sueldos con que pagaban el olor de trementina, el color mate de la piel y el teñido de las costuras de estas prendas.

Hoy la industria de limpieza de guantes redundará en beneficio de quienes no los ensuciaron!... Hay corredores que van de casa en casa, se entienden con lacayos y doncellas, pagan el par de guantes sucios cinco sueldos, gastan otros cinco en limpiarlos y los venden por un franco á los elegantes de contrabando que aspiran á este lujo... *de segunda mano*.

JULES LECOMTE.

(Trad. A. L. de B.)

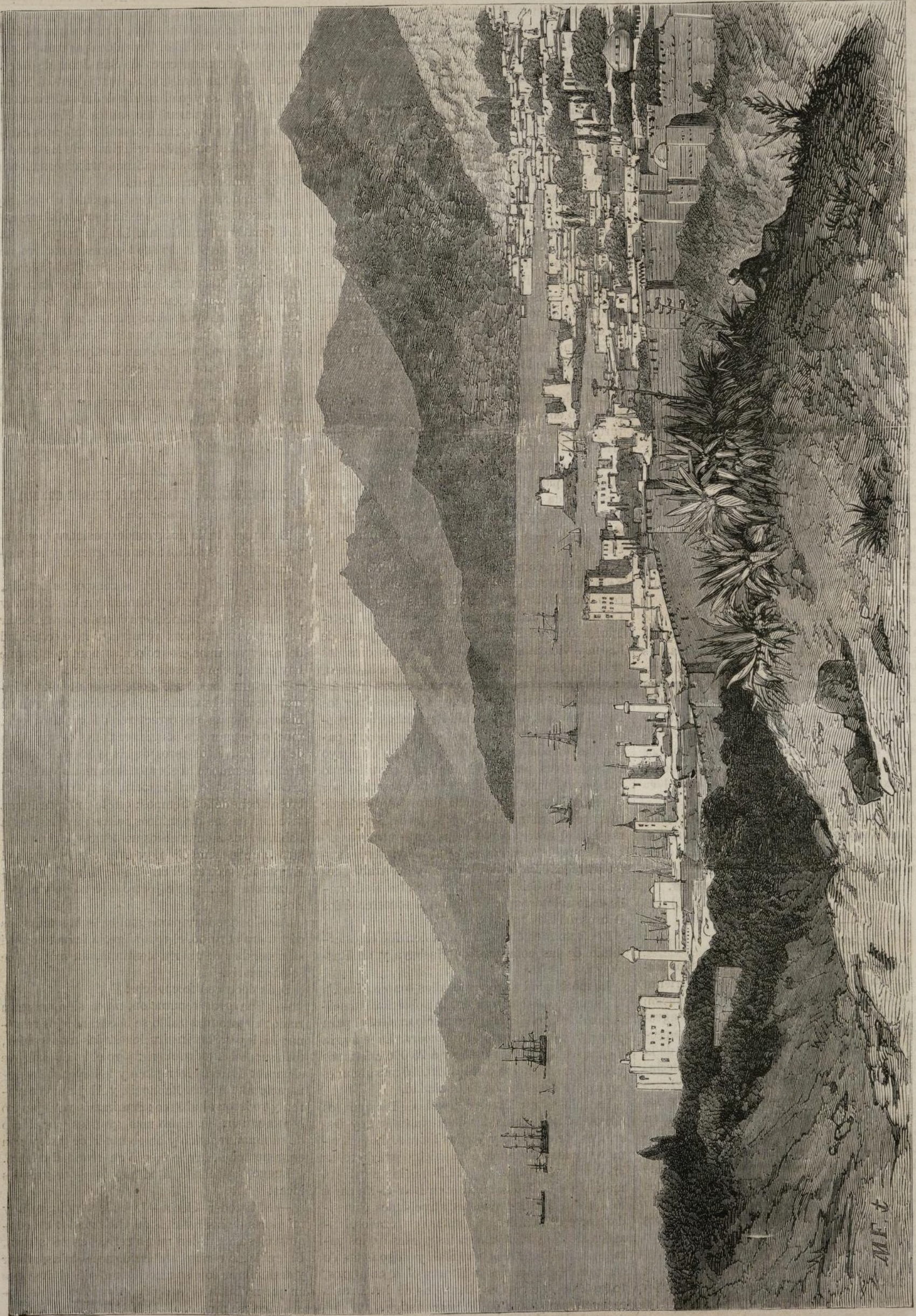


El rey de Nápoles, Francisco II, arengando á las tropas en el cuartel del Granil, el 15 de julio, según un croquis enviado por Stalnizza de Nápo'es.



Asesinato de los cristianos maronitas en el patio de una casa en Deir-el-Kamar (Syria).

Ayuntamiento de Madrid



Vista de Beyrouth (Syria), dibujo de M. Morel Fatio.

FRANCISCO II, REY DE NÁPOLES, EN EL CUARTEL DEL GRANIL.

Francisco II sucedió á su padre en el trono de las dos Sicilias el 23 de mayo de 1859. Hoy cuenta veinticuatro años y hace catorce meses que ciñe la corona. El heredero de Fernando II siguió la política de su predecesor hasta estos últimos días en que, *por un acto libre y espontáneo de su voluntad, ha concedido al reino ordenanzas constitucionales y representativas en armonía con los progresos de la civilización y con las necesidades de los pueblos que la Providencia confía á sus ciudadanos*, creemos que el joven rey de Nápoles, al dotar al reino de nuevas instituciones, al entrar en esta gloriosa vía de reformas, lo habrá hecho con la generosidad propia de sus años, y de ello tenemos una prueba en su firme y leal conducta durante los acontecimientos del día 15 de julio.

En este día, numerosos grupos de soldados pertenecientes á la guardia real se pusieron á recorrer la calles á los gritos de: *Viva el rey! ¡Abajo la constitución!* maltratando al pueblo que huía desprovisto ante las vociferaciones y amenazas de estos delirantes pretorianos.

Tan pronto como los ministros tuvieron noticia de estas escandalosas escenas, fueron á ver al rey para pedirle el castigo de los culpables y el licenciamento de la guardia real. Entonces Francisco II declaró que los fautores de semejantes escándalos serían arrestados inmediatamente y puestos á disposición de un consejo de guerra; y para dar una prueba de la firmeza y sinceridad de sus intenciones, montó á caballo, recorrió en persona todos los cuarteles de la capital, é hizo que los oficiales y la tropa prestasen juramento á la constitución.

En el cuartel del Granil, donde se hallaban los regimientos más amotinados y opuestos á las ideas liberales, el rey Francisco II hizo formar las tropas en cuadro, y en una firme y sentida alocución, les dijo que el mejor medio de probarle su lealtad, era, que respetasen la constitución promulgada, mostrándose adictos á ella y protectores de las ideas liberales que en lo sucesivo formarían la base del derecho público del reino. Los soldados prestaron inmediatamente el juramento que les exigía, á los gritos de: *Viva el rey! Viva la constitución!*

Al día siguiente, los ministros y los miembros de los diferentes cuerpos diplomáticos dirijieron al rey plácemes y felicitaciones por su firme y decidida actitud.

MAXIME VAUVERT.
(Trad. F. de la V.)

ACONTECIMIENTOS DE SIRIA.

En los momentos en que las noticias de los asesinatos, con que un día y otro se ensangrienta el suelo de los cristianos, acrecen la indignación en los pueblos cultos, creemos que no desagradará á los lectores conocer las posiciones respectivas de los Drusos y de los Maronitas, antes de la guerra de exterminio que los primeros han declarado á nuestros correligionarios.

Es poco conocida la historia religiosa de los Drusos: sábase solamente que el fundador de su culto fué un musulmán de la secta de Alí, llamado Halhem. Créen en la metempsicosis y adoran á un becerro, persuadidos de que el alma de Halhem transmigró al cuerpo de uno de estos animales.

Estos musulmanes, espulsados por los turcos ortodoxos, ocupan, en número de ciento á ciento veinte mil, un territorio que circunda la cadena del Líbano. Son oriundos del Egipto, de donde huyeron hácia el siglo XIV, á fin de sustraerse á las persecuciones de los otros Mahometanos.

Los Drusos, por su carácter belicoso que los ha impulsado con frecuencia á matanzas análogas á las que hoy presenciamos, han dominado siempre en el país por medio del terror.

En la misma comarca se hallan los Maronitas, en número aproximativamente de ciento cuarenta mil, que reconocen la supremacía del Papa, aceptando las formas y ritos de la iglesia de Oriente. Cristianos católicos, poseen en todo el territorio situado entre Damasco y Beyruth sesenta y tres conventos dotados de novecientos frailes y cuatrocientas monjas. Tienen un patriarca, trece obispos, tres superiores generales y seiscientos sacerdotes.

Deir-el-Kamar, su ciudad más importante, está situada cerca del Líbano, á dos kilómetros de la fortaleza en donde reside el emir Bechir, representante de la Puerta y príncipe de la Montaña.

A estas dos poblaciones, que constituyen los cuatro bajalatos de Siria, hay que agregar cerca de cincuenta mil Anvarienses, raza idólatra, cincuenta mil Musulmanes shiitas, de la misma comunión que los Persas, y por último, los Judíos, que en su mayor parte viven en Damasco.

La lucha de los Drusos y Maronitas tuvo su principio entre dos tribus de las montañas: las turbulencias que hasta hoy se habían circunscrito á las playas de Siria, se produjeron más allá del Líbano difundiendo é internándose cada día más en el país. El degüello de los cristianos, los incendios de las aldeas, la profanación y ruina de las iglesias y monasterios, han sido generales, sin escepción, desde Beyruth hasta Damasco y Saida.

La guerra comenzó por la batalla de Nahar-el-Kelb. Algunos días después, un incendio horrible iluminaba las mas elevadas cúspides del Líbano: era la linda ciudad cristiana de Beit-Meri, situada á dos horas de Beyruth, presa de las mas violentas llamas. A los pocos días los cristianos, en represalias, incendiaron á El-Metu, la aldea más considerable de los Drusos. Mas éstos no se dejaron intimidar. Ayudados por los Bachi-Bouzouks de Kourchid-Bajá, hicieron irrupción en la llanura, pillando, destruyendo, y pasando todo á sangre y fuego. El 30 de mayo llegaron á las puertas de Beyruth, continuando sus feroces hazañas hasta el pinar plantado por el emir Fakr-ed-Din, delicioso paseo adonde concurre diariamente la población de Beyruth á respirar el suave aliento de las auras nocturnas.

En tanto predicábase el *djihad*, la guerra santa, entre los Drusos de Havran, y los Arabes beduinos de la Celesiria acudían con los Methoualis de los alrededores de Saida, á socorrer á los Drusos del Líbano.

El efecto inmediato de esta unión fué el exterminio de las comarcas de Hasbaya y de Rascheya.

La mortandad duró varios días consecutivos.

Damasco estaba aterrada, la población musulmana de esta ciudad esperaba sólo una señal para pasar á cuchillo á todos los *giaours*. La energía de Abd-el-Kader logró salvar á 25,000 cristianos y 5,000 israelitas que con los 120,000 musulmanes componen la población de la ciudad.

Las aldeas cristianas del valle de Damour, los conventos de la cercanías de Saida están hoy destruidos por el hierro y por las llamas. Los asesinatos de los habitantes de Zahleh, llave de todas las posiciones cristianas del Líbano, la sangrienta matanza de 2,730 cristianos en Deir-el-Kamar á los ojos de Feryk-Bajá, las atrocidades cometidas por esos fanáticos, los niños destrozados, lanzados al aire y recibidos en las puntas de los yataganes, las doncellas violadas y degolladas en seguida, los ancianos maltratados á culatazos, todos estos horrendos atentados de los Drusos reclaman un pronto y ejemplar castigo.

El 30 de junio, estalló en Beyruth una terrible sedición y un infeliz Maronita fué decapitado en la plaza principal. En Alepo, varios cristianos fueron pasados á cuchillo. Tres aldeas acaban de ser reducidas á cenizas cerca de San Juan de Acre. También se han cometido asesinatos junto á Nazareth y á Naplusa y en el camino de Jafa á Jerusalem. Los Drusos amenazan incesantemente al Kes-Rouan, en donde existen grandes establecimientos católicos, y acampan 40,000 refugiados de las comarcas asoladas, como en el último atrincheramiento del cristianismo en el Líbano.

La Francia ha comprendido todo el peligro que corren los cristianos que han podido libertarse del fanatismo musulmán. La hija mayor de la Iglesia apresta y lanza sus legiones al socorro de aquellos infelices. Los hijos de San Luis recuerdan que los Maronitas combatieron á su lado durante las cruzadas, cuando se peleaba por arrancar los Santos Lugares á las garras del musulmán; mas no van á hacer una guerra de exterminio á esos exterminadores: no van á exigir ojo por ojo, diente por diente á esos feroces fanáticos, sino á reprimir y castigar. Llevan en el corazón una virtud cristiana que enjendra guerreros, pero no verdugos, la *justicia*.

LÉO DE BERNARD.
(A. L. de B.)

COSTUMBRES DE BONAPARTE, PRIMER CONSUL.

(Continuación.)

Bonaparte tenía dos grandes pasiones que después heredó Napoleón: eran la guerra y los monumentos.

Jovial y casi burlon en los campos de batalla, volvíase meditabundo y sombrío en la soledad y y en el reposo: entonces era cuando, para sacudir el yugo de su tristeza, recurría á la electricidad del arte, y soñaba esos colosales monumentos que hoy embellecen el suelo de la Francia.

El primer cónsul sabía que los monumentos forman parte de la vida en los pueblos; que son su historia escrita en caracteres de granito; que, mucho después que las generaciones desaparecen de la tierra, estos faros de las edades continúan firmes desafiando la abrumadora mano de los siglos y vertiendo su histórica luz sobre la tenebrosa noche de los tiempos; que la antigua Roma vive aun en sus magníficas ruinas; que la Grecia habla en sus monumentos un lenguaje comprensible aunque simbólico, y que, por los suyos el Egipto aparece en el umbral de las modernas civilizaciones como un espectro espléndido y misterioso.

Pero lo que Bonaparte amaba sobre todas las cosas, era el ruido, el renombre, la fama: de aquí su necesidad de guerra continua, su inapagable sed de gloria.

Solia decir con frecuencia:

— «Una gran reputación, no es sino un gran ruido; cuanto más ruido se hace más lejos resuena; las leyes, las instituciones, las monarquías, todo sucumbe, todo muere; pero el ruido subsiste siempre: los ecos le repiten y le llevan á las generaciones futuras. Babilonia y Alejandría cayeron y rodaron al abismo: Semíramis y Alejandro continúan en pie, acaso más grandes por el eco de su fama, repetido y acrecentado de generación en generación, que lo fueron en realidad misma.

Luego, aplicando á sí propio estas grandes ideas:

— «Mi poder—decía—depende de mi gloria y mi gloria de las batallas que he ganado: las conquistas sólo pueden mantenerme en mi altura. Un gobierno recién establecido necesita asombrar y deslumbrar con sus hechos: desde el instante en que no brilla se apaga, cuando cesa de engrandecerse muere.»

Habia sido Corso largo tiempo, soportando impaciente la conquista de su patria; pero el 13 vendimiario se hizo realmente Francés, y llegó á amar á la Francia con pasión: era su ensueño verla grande, feliz y poderosa al frente de las otras naciones, reina por la gloria y por el arte: verdad es que engrandeciendo á la Francia se engrandecía con ella, y unía indestructiblemente su nombre á su grandeza. Viviendo siempre con este pensamiento desaparecía para él el momento presente ante el porvenir: donde quiera que le arrastraba el huracán de la guerra tenía de continuo fija en su imaginación la idea de la prosperidad de la Francia. «¿Qué pensarán los atenienses?» — decía Alejandro después de las batallas de Iso y de Arbela. — «Espero que los Franceses estarán contentos de mí.» — exclamaba Bonaparte al coronarse de gloria en Rivoli y en las Pirámides.

Antes de la batalla, el moderno Alejandro pensaba poco en lo que haría en el caso de triunfar; pero mucho en el supuesto de que sobreviniese algún revés: tenía mas que ninguno la convicción de que una nada decide á veces de los mas grandes acontecimientos; por eso se ocupaba mas en preverlos que en provocarlos: veíalos surgir, dejábalos madurar, y luego, en un momento dado, aparecía y los abarcaba, domándolos y dirigiéndolos como un hábil ginete doma y dirige un fogoso corcel.

Su rápida grandeza en medio de las revoluciones, los cambios políticos que había preparado ú visto consumar, los acontecimientos que tan fácilmente dominara, le habían inspirado cierto desprecio de los hombres, hacia quienes además por su naturaleza tampoco se sentía muy inclinado: así es que con frecuencia tenía en sus labios esta máxima, tanto mas desconsoladora, cuanto que le era notoria su verdad:

«Existen dos palancas para mover á los hombres: el temor y el interés.»

Con tales sentimientos, Bonaparte no debía creer ni creía en la amistad.

«Cuántas veces — dice Bourrienne — no me ha repetido: la amistad no es sino una vana palabra: no quiero á nadie, ni aun á mis hermanos; á José quizás un poco, mas si le amo, es por la costumbre y porque es mi hermano mayor... A Durve sí, le quiero; pero... por qué? porque me agrada su carácter; porque es seco, frío y severo; porque Durve no llora nunca!... Además, por qué he de quererle? ¿Creeis que yo tenga verdaderos amigos? Mientras sea lo que soy me lo aparentarán así; pero si dejo de ser dichocho... allá lo veréis! Los árboles no tienen hojas durante el invierno!... Mirad, Bourrienne, que las mujeres lloren, bueno, es su oficio; pero yo, nada de sensibilidad!... necesito una mano vigorosa y un corazón firme. De otro modo, sería inútil meterse en guerras ni en gobiernos.»

En sus relaciones familiares, Bonaparte era lo que en los colejos se llama un muchachon jugueton y revoltoso; pero sus juegos estaban esentos de malignidad y de agravio: su mal humor, fácil de escitar, pasaba pronto como una ligera nube impelida por el viento; disparábase por sí mismo cuando le dejaban desfogarse en palabras. Sin embargo, tratándose de negocios políticos, de faltas de sus segundos, ó de los ministros, se dejaba arrastrar por la cólera: entonces sus arranques eran siempre vivos y duros, y á veces humillaban á aquellos á quienes se dirigían: eran golpes de maza bajo los cuales no había otro remedio que doblegar la frente de grado ú por fuerza: de aquí su escena con Jovini, de aquí su violento altercado con el duque de Bellune.

Bonaparte tenía dos clases de enemigos: los jacobinos y los realistas, odiaba á los primeros y temía á los segundos: cuando hablaba de los ja-

cobinos, los llamaba siempre los asesinos de Luis XVI: en cuanto á los realistas, era otra cosa: no parecía sino que adivinaba la Restauración.

Tenía á su lado dos hombres que habían votado la muerte del rey: Fouché y Cambacères.

A Fouché le despidió de su ministerio, y si conservó á Cambacères fué por los grandes servicios que aun podría prestarle el eminente legislador; pero jamás pudo tenerle afecto, y con frecuencia, cojiéndole por la oreja, á su cólega el segundo cónsul, solía decirle:

— «Pobre Cambacères! mucho siento deciroslo, pero vuestra suerte no tiene otra solución: si los Borbones vuelven os ahorcan!»

Un día Cambacères se impacientó, y con un rápido movimiento de cabeza sustrajo su oreja de entre las pinzas vivas que la aprisionaban.

— Vamos! — dijo — basta de chanzas pesadas!

Siempre que Bonaparte se libertaba de un peligro, siguiendo una costumbre de su infancia contrahida en Córcega, hacia rápidamente sobre su pecho la señal de la cruz.

Cuando tenía algún disgusto, ú se hallaba acosado por un pensamiento desagradable, se ponía á tararear un aire peculiar suyo que nadie reconocería por canción: tal era su voz de falsa. Entonces, á la vez que cantaba, se sentaba al pupitre meciéndose en su sillón, inclinándose hacia atrás hasta el punto de caer de espaldas, y mutilando como hemos dicho el brazo de la butaca con un cortaplumas que no le servía para otra cosa, puesto que jamás cortaba una pluma por sí mismo, siendo su secretario el encargado de esta operación, esmerándose en ella para que sus conocidos garrapatos no fueran completamente ilegibles.

Sabido es el efecto que producía en Bonaparte el sonido de las campanas. — Era la sola música que comprendía y que le llegaba al corazón. Si se encontraba sentado cuando llegaban á él las vibraciones del bronce, hacia con la mano una señal de silencio é inclinaba la cabeza hacia la parte de donde venía el sonido. — Si paseando, se detenía en actitud de recojimiento, y escuchaba. Mientras duraba el repique permanecía inmóvil: cuando la vibración se apagaba en el espacio volvía á ocuparse otra vez de los asuntos pendientes, respondiendo á los que le pedían esplicaciones sobre su simpatía por la voz de las campanas.

— Es que esto me recuerda los primeros años que pasé en Brienne: entonces era muy feliz!

En la época á que nos referimos, estaba muy preocupado con su reciente compra de la Malmaison: iba todas las tardes al campo, en donde pasaba, como un coleccionista en vacaciones, los domingos y con frecuencia los lunes. — Allí posponía el trabajo al paseo, durante el cual vigilaba personalmente las obras de embellecimiento que á la sazón había mandado hacer. A veces, y sobre todo en un principio, sus paseos se extendían fuera de los límites de la quinta; pero los avisos de la policía pusieron coto á estas escursiones, las cuales quedaron suprimidas por completo después de la conspiración de Arenas y del conato de la máquina infernal.

La renta de la Malmaison, calculada por el mismo Bonaparte, y suponiendo que se vendiesen sus frutos y legumbres, podía ascender á diez mil francos.

— No es malo — exclamaba dirigiéndose á Bourrienne; — pero — añadía suspirando — se necesitarán además treinta mil libras de renta para poder vivir aquí.

Bonaparte poetizaba su gusto por el campo: placíale ver pasar bajo las sombrías alamedas del parque á una mujer de talle esbelto y flexible; pero que estuviese vestida de blanco, porque detestaba los trajes de colores oscuros, y tenía horror á las mujeres gordas. En cuanto á las que es-

taban en cinta, era tal la repugnancia que le inspiraban, que hacia lo posible por no convidarlas á sus *soirées* ó á sus fiestas: por lo demás, poco galante de suyo, demasiado imponente para granjearse voluntades, apenas fino con las mujeres, raras veces dirigía un cumplido ni aun á las mas lindas; antes al contrario, con frecuencia solía prodigar requiebros algo duros á las amigas de Josefina. A una la decía: «Oh! que brazos tan encarnados teneis! parecen de escarlata!» A otra: «Ese peinado es muy feo, señora!» A esta: «Ese traje le teneis bien suave! ya os le he visto lo menos veinte veces!» A aquella: «Deberíais cambiar de costurera, porque vestís con poquísimo gusto!»

En una ocasión dijo á la duquesa de Chevreuse, linda rubia cuyas magníficas trenzas eran la admiración de todo el mundo:

— Señora, vuestro cabello es de un rojo que tira á rabioso!

— Puede que lo sea — contestó la duquesa; — pero es la primera vez que un hombre me lo dice.

Bonaparte no era nada aficionado al juego: si alguna vez jugaba por casualidad, era solo al veintiuno, dejándose muy atrás en lo tramposo al mismísimo Enrique IV; pero terminada la partida, arrojaba sobre la mesa el oro y los billetes que había ganado diciendo:

— Sois unos verdaderos pipiolos! Os he hecho cincuenta fulleries desde que estamos jugando sin que lo hayais apercibido. Y todo el mundo volvía á recojer sus pérdidas.

A pesar de haber nacido y de haberse criado en la religión católica, Bonaparte no prefería ningún dogma: cuando restableció en Francia el ejercicio del culto lo hizo, mas bien que por un sentimiento religioso, por miras altamente políticas. Gustábanle sin embargo las discusiones sobre este objeto; mas de antemano indicaba su línea de conducta en la controversia diciendo:

— El exámen y la razón me llevan á la incredulidad de muchas cosas; pero las impresiones de mi infancia y las inspiraciones de mi primera juventud me retienen en la incertidumbre.

Como consecuencia de esto, no quería nunca oír hablar de materialismo: poco le importaba el dogma siempre que este dogma reconociese un criador.

Navegando en una hermosa noche de mesidore por frente á Malta y Alejandría, en cuyas latitudes la bóveda celeste es cien veces mas brillante que en nuestra nebulosa Europa, y mientras el bajel se deslizaba entre el doble azul del cielo y de los mares, los matemáticos de á bordo en conversacion sobre cubierta sostenían que no había Dios, sino solamente una materia animada y creadora. Bonaparte, fijó entonces los ojos en la bóveda infinita, donde centelleaban millares y millares de luceros con blanquecinos y melancólicos fulgores y en el instante en que mas ajeno le creían á la cuestión:

— Por mas que digais. — exclamó señalando á las estrellas — sólo un Dios puede haber hecho todo eso!

Bonaparte, exacto cual no otro en pagar sus gastos particulares, éralo infinitamente menos si se trataba de los gastos públicos; tenía el convencimiento de que en todo negocio entre ministros y contratistas, ó el ministro era engañado, ú se desfalcaba á la Nación; así es que dilataba cuanto le era posible la época del pago, y aun entonces siempre tenía subterfugios y sutilezas que oponer, importándole poco agotar el diccionario de los sofismas y las malas razones con tal de diferir el pago: había llegado á ser en él una idea fija, un principio invariable, que todo contratista era un bribon.

Un día, le presentaron un hombre que acababa de hacer una propuesta de suministros que había sido admitida.



Las Riflewomen (6 los batallones de voluntarios femeninos en Inglaterra).



Voluntarios uniéndose al ejército pontificio, según un croquis de Daren, en Civita-Vecchia.



EXPEDICION DE CHINA. — Ocupacion de la isla Chusan por las fuerzas navales y militares francesas á las órdenes del contra-almirante Page, y las fuerzas de mar y tierra de la Gran-Bretaña al mando del teniente general sir Hope Arant y el contra-almirante J. Jones, el 21 de abril de 1860, dibujo de un oficial de la marina francesa.

— Cómo os llamaís? — le preguntó con su brusquedad ordinaria.

— Sissando, ciudadano primer cónsul.

— Hermoso nombre de contratista!

— Mi nombre, ciudadano, se escribe con dos ss.

— Y qué? De esa manera se sisa mejor, caballero, — replicó Bonaparte.

Y le volvió la espalda.

Una vez tomada cualquiera resolución, rara vez la revocaba aun cuando la creyera injusta: nadie le oyó decir jamás: «No tengo razón;» al contrario, su frase favorita era: «Siempre comienzo por creer mal.» La máxima, como se ve, era mas digna de Timon que de Augusto.

Pero, con todo eso, conociase que Bonaparte aparentaba mas bien que sentía ese desprecio de los hombres. No era ni rencoroso ni vengativo; solamente creía demasiado en que la necesidad era una diosa de mano de hierro: por lo demás, fuera del campo de la política, era sensible, humano, piadoso, bueno, amante de los niños, lo cual prueba un corazón dulce y sensible, teniendo en la vida privada una gran indulgencia por las flaquezas humanas, y á veces una especie de bondad bonachona, — si así puede decirse, — parecida á la de Enrique IV cuando jugaba con sus hijos no obstante la llegada del embajador español.

Si escribiéramos aquí una historia, tendríamos todavía mucho que decir de Bonaparte, sin contar — cuando se hubiese acabado con él — lo que nos quedaría que decir de Napoleon.

Pero escribimos una simple crónica en la cual Bonaparte desempeña su papel; por desgracia, donde quiera que Bonaparte asoma, aunque no haga mas que aparecer, se convierte en personaje principal, mal que le pese al autor: hay personajes que ellos solos valen un mundo, y que á despecho nuestro nos arrastran en su torbellino.

(Trad. F. de la V.)

LAS RIFLEWOMEN.

(O los batallones voluntarios femeninos en Inglaterra.)

Hay un hecho que, con dificultad se prestaría uno á creer, si la fotografía, testigo irrecusable, no nos suministrara una prueba evidente. La Inglaterra, que acaba de darse á sí misma espontáneamente un ejército de ciento cincuenta mil voluntarios, ha llevado el patriotismo mucho mas allá todavía, y se puede decir que ha traspasado los límites razonables. Tal es el giro que toman las cosas en una nación inclinada á llevarlo todo al exceso, en un pueblo que se cree entusiasta cuando no es mas que propenso á la exageración.

Pero volvamos al hecho, y ya es tiempo de explicarlo á nuestros lectores que se habrán quedado estupefactos al ver nuestro grabado.

Habiendo soñado aparentemente con los zuavos una sociedad de señoras inglesas, se ha levantado como un solo hombre, y pretende compartir con los *riflemen* la defensa de la patria.

No está bien probado que la patria se halle en peligro; pero habría crueldad en calmar esas alarmas, que han sido organizadas como un pretesto condescendiente para jugar á los soldados. Este capricho es del todo inocente, dígame lo que se quiera, y por lo que hace á nosotros, no vemos ningún inconveniente en que esas señoras hagan el ejercicio (con tal que los fusiles no estén cargados, por supuesto!) Aun nos agrada singularmente el pensar que esta institución va á causar alguna variedad en las pinturas guerreras, introduciendo en ellas un elemento de pintoresca sorpresa. Ya pueden ir preparando una paleta nueva los señores Horacio Vernet, Yvon, Dumarescq y todos los Van-Der-Meulen modernos. Se presiente

ya para la próxima exposición un *Vivac* y una *Patrulla* de señoras inglesas.

No tememos mas que una cosa, y es que se quemé el asado en la casa, y que los cuellos del caballero se hallen sin botones mientras que la mujer de su casa, ceñida y con botas, estudie en el campo de maniobras los principios de la carga en doce tiempos. Pero, qué quieren ustedes?... Era preciso optar. Y ciertamente, entre el interés de la patria y el de la olla, no había que vacilar. Por otra parte, todo se compensa en este mundo, y es evidente que si las mujeres se meten en llevar el mosquete, las boletas de guardia caerán con menos frecuencia sobre los gentlemen, quienes tendrán de este modo algún descanso para aprender á cuidar la cocina y los remiendos.

En el fondo de todo esto, como en el fondo de todas las cosas inglesas, hay una idea seria, y el sentimiento que ha presidido á la formación de las *riflewomen* es muy laudable. El espíritu de las antiguas amazonas y de las mujeres de Esparta es lo que anima á esas señoras, á quienes podemos encontrar nosotros chistosas con el uniforme militar, pero ridículas nunca.

Es cierto que la maledicencia tendría en qué cebarse, si quisiera formar el proceso de su compostura que, en este asunto, ha realizado magníficos beneficios. La elegancia del traje de las *riflewomen* (que era un poderoso medio de alistamiento), podría ser considerada, por las jentes mal intencionadas, como una pieza de convicción y de las mas probantes.

Véase sino como se visten en ese lindo batallón.

El tocado es de forma redonda y se parece al sombrero español; la chaqueta ciñe el talle y copia, en la forma de sus faldones y de sus bordados, el jubón de los mosqueteros; los pantalones son á lo zuavo, y, á partir de la liga, dejan dibujarse la pierna bajo una media ajustada. Todo se halla coronado con una pluma que flota á todo viento.

No habría necesidad de tanto para estar lindo.

ALBERTO DE LASALLE.

(J. R.)

LOS VOLUNTARIOS DEL EJÉRCITO PAPAL.

Los Romanos, como todos los pueblos de la Italia meridional, son poco aficionados á la carrera de las armas, razón por la cual la prima de veinte escudos ofrecida á todo el que se enganche bajo las banderas de los Estados pontificios no siempre es suficiente para decidir á los paisanos á entrar en el servicio. El ejército del Padre Santo cuenta ordinariamente quince mil hombres; pero este número no debe haber parecido bastante considerable en las actuales circunstancias, puesto que el Papa ha hecho un llamamiento á todos los voluntarios de la cristiandad. De Francia, Bélgica, Austria, España, Polonia y Estados Alemanes, de la Europa católica entera, han acudido multitud de hombres á ingresar en las filas del ejército pontificio. Pero los que se han mostrado mas solícitos en acudir á este llamamiento, presentándose en mayor número, han sido sin duda alguna los Irlandeses: sobre unos cuatro mil hombres han desembarcado ya en Civita-Vecchia á la fecha en que escribimos.

Dentro de poco, todos estos voluntarios, hoy en instrucción según el sistema francés por el general Lamoricière — uno de los primeros coroneles de zuavos de Argelia — formarán un regular y respetable ejército, pronto á entrar en campaña en caso necesario.

MAC VERNOLL.

(Trad. F. de la V.)

(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Mesina, 14 y 15 de julio de 1890.

Apenas había partido mi última carta cuando llegaba el navío el *Redoutable* á la rada de Palermo.

He tenido un momento la idea de seguir la campaña del *Donawerth* que se dirige á Siria, pero temí hacer una cosa inútil y he preferido permanecer en Sicilia, y de ahí es que me hallo en Mesina.

Esta ciudad teme ser bombardeada y destruida hasta sus cimientos luego que las tropas de Garibaldi ocupen las alturas que la circundan.

La ciudadela, cuyo croquis envío á ustedes, es un pentágono regular flanqueado por cinco baterías, sistema Vauban y Delile. Estos bastiones se hallan fortificados en su garganta: tres miran al mar y á la rada; los otros dos dan al campo de las maniobras, en donde se encuentra la puerta de entrada flanqueada por dos espesas torres cuadradas, en cuya parte superior se halla una plataforma, y tres cañones de grueso calibre en las dos caras que amenazan á la ciudad y la entrada. Los caminos cubiertos que se hallan delante de los dos bastiones de derecha y de izquierda han sido convertidos en baterías cubiertas de troneras oblicuas que irradian sobre toda la superficie del puerto y de la ciudad. El mar llena los fosos: una vasta obra en forma de cuerno, cuyo flanco derecho se une á la batería del camino cubierto, defiende la cortina en la cual se halla la puerta del fuerte. En el flanco izquierdo de esta misma obra, fuera del camino cubierto, una inmensa obra almenada, semejante á un muelle, atraviesa en su latitud casi todo el Campo de Marte, al cual puede barrer con sus fuegos cruzados. En su extremo se halla una torre con cañones. He contado en las fortificaciones que amenazan á la ciudad unas ciento veinte piezas de artillería, todas de grueso calibre; pero ignoro el número de los morteros.

El *Descartes* se halla anclado en medio del puerto de Mesina, entre la ciudadela y la ciudad. Una corbeta sarda está surta en el mismo punto. Anteriormente le hacían compañía una corbeta inglesa y otra austriaca; pero hace cinco días, á consecuencia de un ventarrón, creyeron que debían ir á arrojar el áncora fuera del puerto.

Esta mañana, el cuerpo del general Medici se hallaba en Bauso, á nueve ó diez millas mas allá de Barcellona. La brigada ó mas bien el pequeño ejército real, al mando del general Bosco, enviado al encuentro de las tropas sicilianas, se encontraba, á dos horas de camino, en Gesso, pueblo sito en el último estribo de la montaña y en la entrada de la llanura de Barcellona, frente á Bauso. Envío á ustedes el croquis de este puesto avanzado, que ocupan los Napolitanos. A este dibujo adjunto el del puesto del Telégrafo que, como todas las alturas que rodean á Mesina, se halla acupado por los grandes-guardias napolitanos, lo que, á causa de la disposición de las colinas, forma un espectáculo muy pintoresco. En algunos lugares, los soldados han construido *gourbis*, en otros se parece intentar algunas obras de campaña.

Desde el puesto del Telégrafo se domina la llanura y se ve hasta Barcellona y Melazzo.

17 de julio.

Esperamos á A. Dumas, que se halla en Catana. Tengo deseos de verle llegar. Me distraerá un poco del triste espectáculo que tengo todos los días á la vista, esto es, la huida en toda especie de barcas de toda la población de Mesina. Se le oprime á uno el corazón al ver á todos estos desdichados apiñados en malas embarcaciones y que tienen por abrigo malas tiendas y se acuestan en peores colchones.

He hecho varios croquis que no he tenido tiempo de terminar, pero que partirán con mi carta del sábado.

De ustedes,

DURAND-BRAGER.

(J. R.)

ESPEDICION DE CHINA.

Ocupacion de la isla de Chusan. — Una calle de Canton. — Las Tancaderas — Un Kiosco del jardín de Hao-qua.

Todo el mundo sabe que las hostilidades contra el gobierno Chino quedaron abiertas desde el 14 de abril próximo pasado.

Los plenipotenciarios inglés y francés y los comandantes en jefe de las fuerzas aliadas de mar y tierra, convinieron en este día en ocupar la isla de Chusan, situada en el mar azul. De esta isla, importante como posicion estratégica, fué de la que se apoderaron los ingleses en 1840, cuando la guerra llamada del opio.

En la tarde del día 20 la expedición se encontró reunida en el fondeadero de Kin-tang, al oeste de Chusan.

Los comandantes en jefe decidieron que á la siguiente mañana se darian á la vela para Chusan, y que una vez allí, pedirían á las autoridades chinas la entrega de la isla y de su capital Tin-hai en manos de los aliados, comenzando el ataque inmediatamente en caso de resistencia.

El contra-almirante francés, M. Page, marchaba á la cabeza de la columna á bordo de la fragata *Duchayla*.

La escuadra desfiló ante los fuertes sin que éstos hicieran ni un solo disparo. Los Chinos entregaron su isla á discrecion, bajo las condiciones que quisieron imponerles los almirantes de ambas naciones y el teniente general inglés sir Hope Araut.

Nuestro grabado representa el fuerte de Ting-hai momentos despues de la rendicion de la isla y de su capital. Los pabellones francés é inglés ondean en el punto mas culminante, y anuncian á los Chinos que el insulto hecho á las potencias aliadas á bordo del *Pei-Ho* no quedará impune.

Puesto que el esfuerzo de los soldados y marinos franceses ha derribado ya la famosa muralla de la China, bien podemos arriesgarnos á entrar por la brecha para visitar una de las calles de Canton, si calles pueden llamarse aquellas prolongadas galerías, con pavimento de anchas baldosas, á las cuales no falta sino la techumbre de cristal para que se parezcan á nuestros pasajes. Las calles chinas son por lo general rectas y bien ventiladas, merced á la poca elevacion de los edificios. Es tanta la concurrencia, en ellas que á pesar de su anchura, los transeuntes tropiezan á menudo unos con otros, por lo cual no se permite á nadie permanecer estacionario. Vénse de trecho en trecho guardias armados con una especie de fusta, que tienen á su cargo el mantener la libre circulacion. Esta causa hizo que nuestro correspondiente se viese en graves apuros para tomar el diseño de la calle de la Tesorería que reproduce nuestro grabado, siéndole preciso para concluirle colocarse en el atrio del *yansoun* de la antigua tesorería de provincia, edificio que sirve de cuartel á los soldados franceses.

Si algo puede haber comparable al movimiento prodigioso que reina en las principales calles de Canton, en las que un inmenso número de suntuosos palanquines de dos ruedas embaraza el tránsito de la jente pedestre, es sin duda alguna la multitud de *juncos* de guerra, buques de comercio, chalanas, barcos mandarines y embarcaciones de todas formas y tamaños, bajo las cuales desaparecen casi por completo las aguas del rio. Felizmente se encuentran allí hábiles marineros que sa-

ben abrirse paso á través de aquel dédalo infinito, y que, mediante algunas monedas de poco valor, conducen al viajero adonde quiera. Estos experimentados marineros no son otros que las famosas *Tancaderas*, corporacion femenina peculiar del Celeste Imperio. Las pequeñas embarcaciones de alquiler, que bien pudiéramos llamar los fiacres del rio, están, de ordinario, tripuladas por dos solas mujeres: la una jóven y linda; la otra vieja y fea. Y la conversacion no tarda en entablarse durante la travesía... cuando se sabe el idioma chino. Las *sampanes*, ó pequeñas embarcaciones de pasaje, están cubiertas en su mitad de una toldilla cuidadosamente cerrada con tapices, alfombradas con esteras de junco y guarnecidas de blandos cojines. Las jóvenes que las conducen llaman la atencion por la finura de sus extremidades. No tienen esos piés diminutos, comprimidos y deformes que distinguen á las nobles señoras del Celeste Imperio, y que las hacen aparecer tan ridículas á los ojos de los europeos por su andar grotesco y vacilante.

Sobre las orillas del rio se alzan los blancos muros y los artísticos enrejados de cien espléndidos jardines en el fondo de los cuales se descubren, medio ocultas por los arbustos, algunas habitaciones cuyo interior es de un aspecto lindísimo. Estas casitas de madera y ladrillo tienen por lo regular muy poca altura, si bien ocupan un espacio bastante considerable. Su construccion es lijera, y están unidas entre sí por galerías á cielo abierto que descansan en multitud de pequeñas columnas. Hay muchas adornadas esteriormente con incrustaciones de cobre, marfil y nácar, y con pinturas de mil colores. El kiosco de los jardines de *Hao-qua*, — cuyo diseño debemos al doctor Bideau — el croquis de las *Tancaderas* y la vista de la calle de la Tesorería podrán dar á nuestros lectores una idea de los pórticos abiertos, donde los ricos mercaderes chinos, los grandes negociantes al por mayor de *O'd* y *New China Street* van á reposar tras las fatigas de un día terminado mas ó menos honradamente.

MAC VERNOLL.

(Trad. F. de la V.)

NAUFRAGIO DEL «EUROPA.»

El navío francés *Europa* habia salido de Cochinchina para Manila, llevando á su bordo tres compañías de soldados españoles.

Impelido por vientos contrarios y arrastrado por las corrientes, que en ciertos sitios del mar de la China tienen una fuerza irresistible, el buque fué conducido, á pesar de los esfuerzos de la tripulacion, hácia la parte del Norte, donde tan peligrosos escollos existen. Su bizarro capitán, que en aquellas supremas circunstancias mostró una sagre fria á toda prueba, no pudo impedir que el bastimento corriese á estrellarse contra los arrecifes, en los cuales encalló por último haciendo pedazos la quilla, y cayendo sobre el costado de estribor.

Gracias á la firmeza del capitán, los pasajeros y el equipaje pudieron ganar un islote llamado el Triton, situado al S. O. del lugar de la catástrofe. A los pocos minutos el navío se fué á pique absorbiendo consigo cuanto poseían los infelices naufragos. La mar continuaba gruesa, y sus enormes rompientes no permitieron á los moradores del árido islote procurarse alimento alguno durante tres días, que pasaron sin abrigo y bajo un sol abrasador, teniendo que contentarse cada hombre con un cuarto de racion de agua y una galleta, únicos víveres que pudieron salvar en los botes.

Al cuarto día, el tiempo calmó un poco, y, habiendo sido completamente destrozado el navío por el embate de las olas, arribaron á la playa

sacos de harina y de galleta, aunque averiados por el agua del mar; pero en circunstancias tales ninguno se la echa de melindroso: así es que todos embistieron con aquellos húmedos y salados comestibles, como si fueran los manjares mas exquisitos del mundo.

El capitán hizo construir una balsa, y consiguió salvar la cocina destilatoria que pesaba doce toneladas, peso que indica bien claramente el considerable trabajo que debieron emplear en esta operacion. Salváronse tambien las velas del navío, y con ellas formaron los naufragos una especie de campamento sobre el islote; pero á pesar de esto, su posicion no era nada envidiable, porque, á cada gran marea, la isla se cubria de agua casi por completo.

Un teniente de navío español, viajero del *Europa*, se ofreció á esponer su vida por salvar la de todos; y lanzándose á uno de los botes, emprendió sobre el débil esquife un viaje de ciento treinta leguas. Dios premió su generoso sacrificio, coronando su empresa con un éxito feliz, puesto que tuvo la dicha de arribar á Saigón sano y salvo. Al saber la noticia de este desastre, el *Norzagaray*, el *Kien-Chins*, la *Saône* y la *Marne* se presentaron en el sitio de la catástrofe, en donde recojieron trescientos naufragos, los cuales, viéndose en salvamento, no sabian cómo espresar su religiosa gratitud al comandante de la *Marne*, quien habia dirigido la escuadrilla de salvacion.

MAXIMO VAUVERT.

(Trad. F. de la V.)

CRÓNICA DE TRIBUNALES.

Hay una pasión privilegiada entre todas las pasiones que no conoce ni el envidioso estímulo de la ambicion, ni las tormentas y decepciones del amor, ni los cálculos mezquinos de la avaricia; una pasión que enaltece el alma, que presta al que la siente dignidad y respeto de sí mismo; una pasión que es el alimento del corazón, el norte de la vida, la égida de las malas sugestiones, de las malévolas influencias, del hastío, ese bastardo consejero; una pasión manantial de goces puros, de gratos y dulces acontecimientos; una pasión que lleva á la opulencia, á la gloria; la pasión de Dusommerard, de Sauvageot, de Soleinne; la pasión del coleccionador. Y cuán vasto campo presenta un placer tan inocente! Bríndase á todos los gustos, á todas las fortunas. El rico tiene caballos, cuadros, libros, autógrafos, medallas, muebles, lozas, tulipanes: el pobre mariposas, conchas, minerales. Una red, un martillo, dos sólidas piernas, bastan á cualquiera para llegar á decir un día: tengo mi coleccion. Yo conozco un sugeto que se ocupaba con teson en reunir coplas de ciego y otro anuncios de teatro. Y de seguro aquel no hubiera trocado un ejemplar del *Judio errante* por la mejor aguada de Rembrand: ni éste el anuncio de «*El rey se divierte*» por un manuscrito de Molière. Maniáticos! esclamarán sonriendo los espíritus fuertes, los hombres de mundo, los gastrónomos ó los Tenorios. Pues qué? «los hombres mas sensatos de todas las» épocas, incluso el rey Salomón, no han tenido «bastones por caballos, sus juguetes, sus mone-» das, sus tambores, sus trompetas, sus orques-» tas, sus pinceles, sus pájaros y sus mariposas? «Y mientras el hombre-niño camina apacible-» mente por la senda de la vida caballero en su «baston, sin obligar á nadie á montar delante» de sí, ni á sus ancas, tiene algun Aristarco nada «que motejarle!»

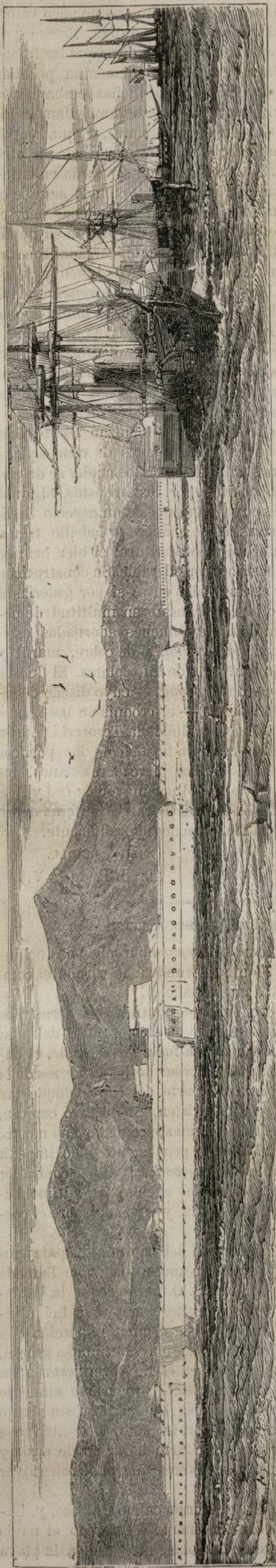
Así se espresa el *gentleman* Tristram Shandy, y ciertamente no hubiera él metido su hoz en el terreno, ni en los asuntos de M. J..., ni se hubiera



Península de Milazzo.

Puesto del telégrafo en Mesina ocupado por el ejército napolitano, según los croquis de M. Durand-Brager.

Islas Liparri.

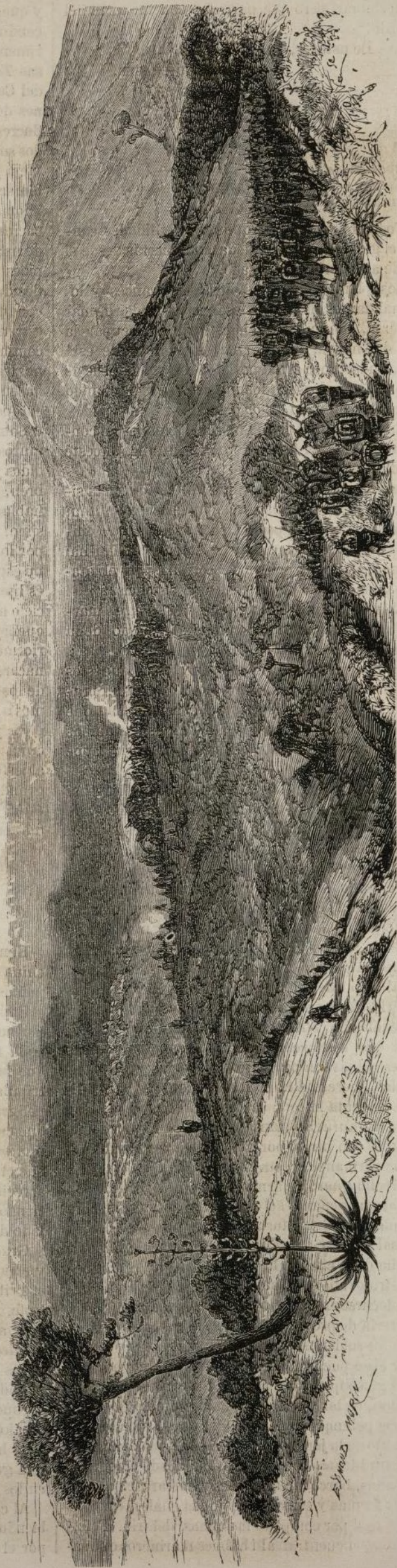


Ciudadela de Mesina.

Descartes, francés.

Silla, inglés.

Governolo, sardo.



Puesto avanzado del ejército real arriba de Jesso en lamontaña, según los croquis de M. Durand Brager.



Calle de la Tesorería en Canton, según los dibujos tomados del album del Dr. Rideau y enviados de China.



Kiosco en los jardines de Hao-quan en Fati, rio de Perlas en Canton, según los dibujos tomados del Dr. Rideau.

tomado la libertad de darle, en tono protector, un consejo judicial.

M. J... es un pobre hombre, hijo de la Turena, quien desde los diez y ocho años — hoy cuenta setenta y ocho, — se ocupa de numismática. «Nació, dice su abogado, enfermizo y débil de constitución, justificando la predicción de su padre «Andrés ni hará, ni será nunca nada.»

A Dios gracias, hay abogados que no se envilecen adulando á sus clientes.

Un abogado que pe- rora supone un liti- jio y en efecto le hay.

A fuerza de pa- ciencia, de volun- tad, de economía y de pesquisas, M. J.,



Tancadères de Canton, mujeres conduciendo las barcas de alquiler en el rio, según los dibujos tomados del album del Dr. Rideau y enviados de China.

á pesar de su esca- sa fortuna, había logrado reunir una magnífica colección de monedas y de medallas antiguas. Retirado en Tours en una casita situa- da en una calleja solitaria, pasaba su vida en acariciar con de sus miradas su tesoro. Pero la edad avanzaba y M. J... decia para su capote que no esta- ba quizá lejano el momento en que ten- dria que separarse de sus queridas me- dallas. A su muerte, adonde irían á pa- rar? No se disper- sarán? No caerían en las manos pro- fanas de los merca- deres de baratillos? Este pensamiento abrumaba su cora- zon.



Naufragio del buque *la Europa* en el islote del Triton, en los mares de la China, según el croquis enviado por M. H.-L., oficial de la expedición.

Para conjurar lo que en su juicio era una gran desgracia para la ciencia, M. J... propuso sucesivamente á la ciudad de Tours y á la abadía de Solesmes un trato análogo al que hizo con el Estado Sauvageot adquiriendo aquel en propiedad las colecciones de este entendido anticuario. Mas la propuesta fué rehusada, y J... continuaba siendo presa de los mismos temores cuando entabló relaciones con M. y Mma P...

M. P... era igualmente coleccionador: no sólo poseía medallas, sino también minerales, conchas, fósiles é insectos. M. J... se quedó estasiado á la vista de tanta riqueza. De repente vino á iluminar su cerebro un pensamiento. ¿Porqué no reunir las dos colecciones y formar un museo que legase á la posteridad el nombre de los dos fundadores? M. y Mma P... acogieron gustosos esta idea: mezcláronse las medallas y estendióse un acta de sociedad, en la cual se estipulaba que las colecciones reunidas pertenecerían al superviviente de los tres socios. M. J... dejó su casa, pasando á vivir con los esposos P..., pero no habían transcurrido aun ocho dias cuando volvió á su antiguo domicilio citando á sus socios ante el Tribunal para rescindir el contrato.

Los motivos articulados por el defensor de M. J... son: primero, la incapacidad de su cliente; en segundo lugar, los amaños y el dolo empleados por los esposos P... para inducir á M. J... á estampar su firma al pié del acta de sociedad; y por último, las condiciones leoninas de este documento. Las medallas de los esposos P..., en concepto del abogado, no son mas que una coleccion de cuartos viejos, miserables mónacos que á duras penas llegan á 500 fr., mientras que la coleccion de M. J... vale mas de 600,000 fr.

Escusado es decir que los esposos P... protestaron enérgicamente contra estos articulados. Sostienen que M. J... no tiene derecho á litigar, sino sus herederos, y que si M. J... no es mas que un autómatas, nadie maneja los resortes que le mueven sino éstos que así le califican.

El tribunal falló que se procediese á una prueba.

También doy de bruces con otro coleccionador en el supremo tribunal de Brusélas.

Es este M. Ford, secretario de la embajada de Inglaterra. Ocupase, no en numismática, sino en arqueología, muebles, bronce y curiosidades históricas. Había visto en poder de M. Artz-y-Zeir, mercader español, de paso por Brusélas, una magnífica bandeja de cobre oxidado que representaba la victoria ganada por Carlos V á los moros en 1535.

El arte y la historia hacían de esta bandeja un objeto doblemente precioso. Obra original del gran cincel del renacimiento, Benvenuto Cellini, regalo de éste á la ciudad de Valladolid, la cual á su vez hizo de esta alhaja presente á José Bonaparte cuando subió al trono de España; mas después de la batalla de Vitoria volvió á manos de sus primeros poseedores.

Tres mil francos por una pieza que presentaba tales títulos de nobleza no era un dinero sobradamente escusivo. Entrególe M. Ford y recibió en cambio la famosa bandeja que llevó con gran orgullo á la reina del Támesis.

Pero allí fué Troya, allí perdió su orgullo y sus ilusiones M. Ford, á quien aseguraron que el objeto atribuido á Benvenuto era una innoble sarten, una triste fundición de la bandeja real que posee el museo del Louvre marcada con el número 844.

Creyéndose chasqueado, el noble diplomático entabló querrela de estafa contra Artz-y-Zeir. El infeliz mercader, á pesar de sus francas explicaciones, fué condenado por el Jurado á tres meses de reclusion. Pero el tribunal superior modificó la sentencia, y reconociendo que Artz-y-Zeir no

había garantido positivamente la autenticidad de la mercancía, y por el contrario, había inducido á M. Ford á que se cerciorase de antemano, oyendo la opinión de expertos, el mercader español fué absuelto y puesto en libertad.—Verdad es que ha sufrido tres meses de prision preventiva, pero al fin y al cabo se salvó el honor.

No puede asegurar lo mismo el infeliz que en los momentos en que escribimos estas líneas lidia contra una demanda de falsificación de firma! Sin embargo, pocos hombres sientan el pié en la carrera de la vida de un modo mas brillante y feliz que el acusado. Casi un niño era cuando dió á la comedia Francesa una interesante pieza que tuvo la doble suerte de ser creada por la célebre Mars y representada después por la señorita Brohan. Sentada de este modo su reputación literaria, emprendió la carrera administrativa, en donde sus grandes facultades intelectuales le llevaron á los mas encumbrados puestos: jefe de seccion en el ministerio del Interior, director en el de cultos, oficial de la legión de honor, íntimamente relacionado con las personas mas distinguidas de la alta sociedad, de las artes y de la política, elegante, afable, simpático; no parecía sino que en este mundo el porvenir era suyo, reservándole toda clase de triunfos y de honores. Qué desgracias, qué pasiones, qué faltas le han hecho rodar al suelo desde tan noble altura? — M. Crémieux, su defensor, tomará á su cargo tan triste y funesta historia, llenando ese paréntesis de diez años que separa la posición que acabo de describir, y la condena en rebeldía á veinte años de cadena perpetua: el acusado X... comparece hoy ante el Tribunal. Está probada la falsificación por una suma de 277,500 fr. X... pretende que hasta cierto punto ha sido autorizado por su mismo acusador, amigo suyo, cuya firma simulara. Aceptará el jurado la escusa? La vindicta pública se dará por satisfecha completamente con la espionaje que ya ha sufrido? Tales son las cuestiones que se van á resolver dentro de algunas horas. Serán estas propicias al acusado? — En cuanto á mí toca ese es mi voto sincero, esa mi esperanza.

PETIT-JEAN.

(Trad. A. L. de B.)

PARIS DESCONOCIDO.

LOS TAPETES VERDES.

El personal. — Varios tipos.

(Continuacion.)

Era el otro un hombre de unos cuarenta años, de noble exterior y de reposado y firme continente. Hablaba poco, y se mostraba siempre benévolo y cortés con todo el mundo, teniendo una táctica especial para elegir las personas de su trato en los círculos á donde concurría. Hombre de experiencia, en quien el ardor de la juventud estaba ya apagado, nunca se le veía sino entre las personas mas ancianas y formales de la reunion. Aunque había sido militar, — puesto que comunmente le llamaban general — nadie le oyó en la vida una palabra brusca ni desentonada, y parecía poner todo su cuidado en que no se ocuparan de él. Vestía con elegancia, pero sin pretensiones de ninguna especie, no distinguiéndose su traje sino por la cinta que siempre llevaba en el ojal. ¿Qué cinta era esta? Cuando por casualidad algun indiscreto ó algun mal intencionado le interrogaba acerca del asunto, respondía negligentemente, que habiendo puesto su espada al servicio de varios gobiernos de la América central, había recibido en premio diversas condecoraciones á las cuales no daba importancia alguna; pero que, sin embargo, se las ponía como un simple ornamento, porque á cierta edad el pecho de un hombre de

mundo no parece bien sin el distintivo de una orden cualquiera.

Era un gran jugador de whist y pasaba entretenido con este juego una gran parte de sus noches. Franco y tolerante en el juego, nunca se le vió irritarse por ninguno de esos incidentes que las cartas ocasionan con tanta frecuencia. Cuando ocurría una dificultad, se le tomaba de buen grado por árbitro en la contienda, y su fallo se arreglaba tan estrictamente á los principios de la lealtad y de la justicia, que nadie pensaba en rechazar sus consecuencias. Absteniase de hablar de política; pero cuando la conversacion se generalizaba sobre algun punto relativo á las bellas artes ó á la industria, emitía su parecer con espontaneidad, y sus apreciaciones, siempre felices, eran de mucho peso en el debate. Aunque no se le conocía ningun caudal, ningun medio legítimo de subsistencia, solicitábanle á menudo los especuladores, y hasta las jentes formales, para que se interesara en alguna nueva especulacion. Sabían de antemano que él no aportaría á la sociedad dinero efectivo; pero su concurso moral, su inteligencia y sus numerosas relaciones eran, en concepto de aquellos, un lote mas que suficiente, y una garantía de buen éxito en el negocio. De este modo formó parte de diversas empresas, las cuales tuvieron siempre un mal resultado, es verdad; pero no sin haber dejado antes que fracasaran pingües despojos en el bolsillo de los fundadores. Una de las últimas empresas en que se interesó, fué la celeberrima Sociedad general de mudanza de muebles. La idea salió de su cerebro, y al desenvolverla delante de varios amigos, fué acogida con frenético entusiasmo, lo que no es de extrañar si se tiene en cuenta que el mundo mercantil atravesaba entonces un período vertiginoso en que las acciones de las mas locas empresas se cotizaban en la Bolsa con una crecida prima.

Con arreglo á los ofrecimientos de la nueva empresa, todo ciudadano era dueño, mediante una pequeña suma mensual, de trasladar sus chismes de una parte á otra cuantas veces quisiera, sin tener que desembolsar sino el importe del referido abono. Además, merced á un sistema de seguros mutuos íntimamente enlazado con la idea principal, la asociacion se comprometía á indemnizar con largueza el deterioro y la rotura de los muebles. Si la idea no alcanzó un éxito feliz, no fué porque en el fondo pareciera mala, ni tampoco porque los suscritores y asegurados abusasen de las facultades que se les concedían por los estatutos, poniéndose de acuerdo para hacer una mudanza diaria; sino porque no hubo el dinero necesario para plantearla convenientemente. El total de las sumas suscritas ascendió á unos mil escudos, y como quiera que los primeros gastos absorbieran la friolera de 100,000 francos, cuya mitad fué consumida en la construccion de vehículos de un nuevo modelo, exhibidos en los Campos Eliseos con grande alharaca y aparato, el pensamiento fracasó en su germen, y la buena ciudad de Paris se vió reducida, como en los tiempos antiguos, al triste recurso de trasladar sus trastos valiéndose de los procedimientos vulgares que todo el mundo conoce. ¡Cosa rara y digna de notarse! De los treinta desventurados accionistas que habían suscrito los tres mil francos de que hemos hecho mencion, los veintinueve eran forzados hijos de la fecunda Auvernia, infelices mandaderos de oficio en las esquinas de las calles. Habían querido, sin duda, formar parte de la empresa en odio á su antigua ocupacion, creyendo que la flamante sociedad no les dejaría mas trabajo que el de llevar las cartas á domicilio. ¡El corazón humano es un misterio!

El personaje de que me ocupo tenía una táctica especial para salir siempre airoso de las situaciones delicadas y de los graves compromisos en que fre-

cuentemente le colocaba su carácter aventurero. Nunca tomaba en un asunto de éxito dudoso mas parte que la precisa para no comprometer ni su buen nombre, ni su título de general, ni su misteriosa y problemática cinta americana; y cuando su talento previsor le enseñaba en el lejano horizonte de cualquier negocio la intervencion directa ó indirecta de la policía correccional ó de los tribunales de justicia, sabia descartarse á tiempo de entre sus co-interesados por un hábil cambio de frente. Escéptico sin afectacion, no creyendo ni en los hombres ni en las mujeres, tomaba las cosas tales cuales eran en sí, apreciándolas en su valor verdadero. Como se ve, era todo lo que se llama un hombre de mundo digno de ocupar un puesto distinguido en las inmortales páginas de Balzac. Por su talento, por su bien entendido escepticismo, por su conocimiento de los hombres y de las cosas, muchos le tomaban por un filósofo práctico, proponiéndosele por modelo de imitacion y de estudio; pero los que tal cosa pretendian se esforzaban en vano, porque el diestro general era tan misterioso como inimitable.

Los mas aguerridos jugadores le admiraban en su manera de proceder en el juego, manera incomprendible, pero merced á la cual conseguia casi siempre el objeto de sus miras. Empezaba de ordinario por jugar su partida de *whist* con los hombres mas graves de la tertulia; despues, como por distraccion, y sin apresurarse; entraba á cosa de la una de la mañana en la turbulenta pieza donde se jugaba al *baccarat* ó al *lansquenot* con toda la febril agitacion del vicio y de la codicia. Tranquilo, impasible, con la sonrisa en los labios y como un hombre indiferente al mágico brillo del oro apilado sobre el tapete, sondeaba el terreno con su profunda mirada, abarcando la situacion de un solo golpe de vista. — Estudiaba un poco la partida, y cuando creia llegado el momento oportuno de dar el golpe, tiraba de su bolsillo con la misma naturalidad y sangre fria del hombre que tiene cien mil libras de renta, y desdoblando un rollo de billetes, apostaba 500 francos en contra del banquero. Así que los ganaba — lo cual sucedia casi siempre — recojia sus 1000 francos, y se retiraba en seguida con la misma calma. Muchas veces apenas se apercebían de su presencia, porque ni se sentaba, ni tocaba las cartas, ni decia una palabra.

Cuando la suerte no le era favorable en su primera puesta, ó mejor dicho, cuando erraba el primer golpe, volvía á entrar en la sala del *whist* tan sereno como si tal cosa; ni en sus movimientos, ni en sus facciones hubiera sido posible adivinar que acababa de perder veinticinco luises de oro. Dejaba pasar un par de horas, y tornaba de nuevo al sitio donde quedaron sus quinientos fr., para tomar el desquite, esperando como la vez primera una coyuntura que le pareciese favorable. Preciso es confesar que en este segundo golpe era casi infalible: su dinero por rara casualidad permanecia mas de tres horas sobre el tapete verde. Recaudados sus 500 francos, dábale por satisfecho y se marchaba tranquilamente á su domicilio en un carruaje de alquiler que le esperaba todas las noches á la puerta.

Un jugador, mas curioso que los otros, quiso averiguar las utilidades que reportaba este sistema, tan sencillo en apariencia, á quien le practicaba con tal acierto. Fué anotando por espacio de tres meses las puestas ganadas por el bueno del general, y al fin de ellos se encontró con una suma de 30,000 francos, ó séase 10,000 francos por mes, lo que supone dos beneficios contra una pérdida, puesto que, segun he dicho arriba, nuestro héroe jamás traspasaba los límites de sus veinticinco luises de oro, perdiera ó ganara. De aquí el consiguiente misterio y la admiracion de los jugadores; pero cuando algun importuno, asombra-

do de la perseverancia de su buena suerte, preguntaba al general cómo se gobernaba para tener una *punteria* tan certera, éste respondia riendo; si bien con un tono muy significativo que cerraba la boca del malaventurado preguntador, que no consistia en otra cosa mas que en lo *certo* de su ojo para *dirijir toda clase de tiros*.

Los cándidos imaginaban de buena fé que tenia el don de la doble vista magnética, y no faltaba de entre ellos quien afirmase, que durante su permanencia en el nuevo mundo habia formado pacto con los espíritus malignos. Sin embargo, nadie sospechaba de su probidad, y en efecto, no habia motivo alguno para hacer suposiciones que le fueran ofensivas, puesto que jamás tocaba los naipes. Con todo, cierto dia circuló de una manera vaga entre los jugadores la especie de que uno de sus amigos, jugador constante que siempre se colocaba cerca del banquero, le hacia señas indicándole sin duda el momento favorable de aventurar la puesta; pero la acusacion no pasó mas allá de rumor á *sotto voce*; y como quiera que aun los hombres honrados cuando penetran en los garitos son á veces objeto de groseras calumnias, prefirió creer que el Misterioso en cuestion tendria simplemente en su cartera algun *imantado* amuleto de poderosa virtud *atractiva*.

No vayan mis lectores á creer que los tipos que anteceden han sido elejidos con esmero entre las figuras de ese mundo, que bien puede llamarse *mundo de tinieblas*; nada de eso, los he tomado al azar y segun la memoria me los ha ido presentando, puesto que la eleccion hubiera sido inútil, en virtud de que todo jugador que frecuenta el juego asiduamente llega por regla infalible á convertirse en un tipo digno de estudio. La juego-manía pone de manifiesto las debilidades morales del individuo, así como los ejercicios gimnásticos revelan en seguida la impotencia de tal ó cual miembro.

Casi todos los jugadores pretenden que juegan sin pasion y sin interés, y sólo por divertirse ó familiarizarse con las emociones producidas por el tapete; pero el juego es una piedra de toque excelente que denuncia, ó la mentira con que tratan de engañar á los demás, ó la ilusion con que se engañan á sí mismos. Los que se encuentran en el segundo caso merecen disculpa y perdon: los otros causan lástima y repugnancia. ¿No es verdaderamente odioso, cuando se trata del hombre que pasa las noches enteras frente al tapete jugando con sordida avaricia, del hombre que saluda cada golpe infortunado con exclamaciones brutales y blasfemias horribles que prueban la absoluta carencia de dignidad y de virtudes morales, no es verdaderamente odioso oírle decir que sólo juega por el *placer* de familiarizarse con la expresion de las pasiones violentas, por el *gusto* de sondear en cuanto sea posible los abismos del corazon humano? «Yo soy dueño de mí mismo — dice y repite á cada paso: — vengo al juego libre de toda preocupacion, el vicio no me domina, y ni el miedo ni el interés me hacen mella: un solo deseo me conduce, el deseo de observar, para que mi alma se fortifique viendo las debilidades del prójimo. No pierdo nunca sino aquello que me propongo perder, ni ambiciono tampoco un dinero que miraria como mal ganado. Respecto á estas prolongadas vigiliias, tan perniciosas para los demás, confieso que no me hacen sino un gran bien, en razon á que mi naturaleza se resiste á dormir mucho, y á que precisamente las horas de la mañana son las mas á propósito para mi sueño.» Esta profesion de fé, pronunciada siempre en tono de íntimo convencimiento, es desmentida por las acciones y por las palabras de sus infelices autores.

EDUARDO GOURDON.
(Trad. F. de la V.)

ESPOSICION DE AGRICULTURA EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA.

III

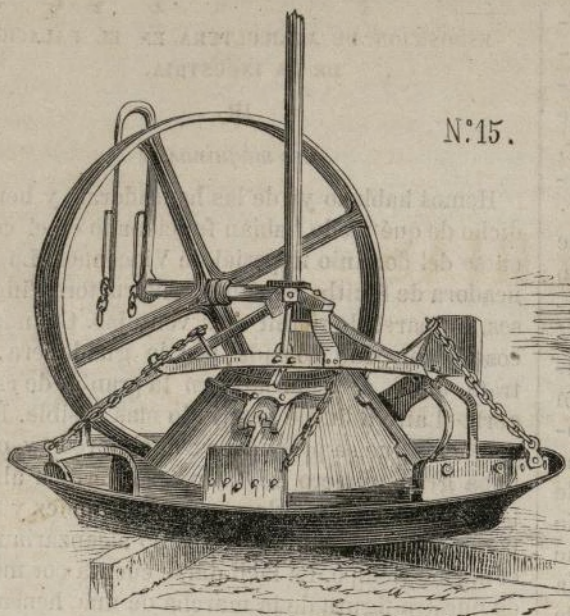
Las máquinas.

Hemos hablado ya de las heneadoras, y hemos dicho de qué modo habian funcionado en el concurso del dominio imperial de Vincennes. La heneadora de Smith y Ashby, constructores ingleses, ha parecido reunir mas ventajas. Cuando la cosecha ha sido cortada, por la guadañera, se trata, antes de guardarla en la granja, de esponerla al aire á fin de secarla lo mas posible. Esta operacion que se practicaba con el horcon y ocupaba gran número de brazos, se verifica ahora por la heneadora inglesa con una rapidez y una perfeccion que veinte hombres no alcanzarían en el mismo tiempo. Es fácil darse cuenta por medio de nuestra figura de la marcha de una heneadora. Cada una de las barras que llevan los dientes se halla formada de dos partes distintas que descansan cada cual en sostenes particulares. Se ha adoptado este mecanismo á fin de evitar la torsion de las barras, para el caso en que experimentasen una resistencia mas ó menos grande en sus dos estremidades. Como en las segadoras, las ruedas que soportan el aparato sirven al mismo tiempo de motores. Un mango de palanca, fijo en uno de los lados de las varas, permite al conductor cambiar el movimiento de rotacion de adelante atrás, ó en caso de necesidad desengranar completamente las ruedas. Un gato con el cual se puede maniobrar marchando, hace levantar ó bajar el aparato de manera que se pueda arreglar su distancia del suelo.

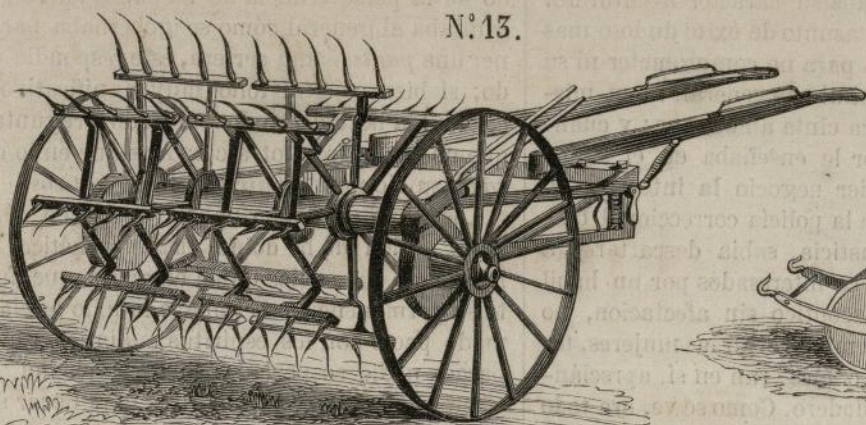
Esta máquina es de una construccion muy ligera al mismo tiempo que muy sólida; esto depende de la feliz sustitucion del hierro forjado al fundido y á la madera, que se empleaban primitivamente en las máquinas de cultivo. Otra disposicion feliz que hemos notado en las máquinas de los señores Smith y Ashby, consiste en que el cubo de las ruedas se halla construido de manera que pueda contener y distribuir el aceite de engrase, y evitar así que se le visite con frecuencia.

Para terminar con la agricultura, digamos una palabra de un instrumento tan sencillo como útil, cuyo inventor es M. Beaulavon de Sées. Consiste este instrumento en un rodillo distribuidor que sirve en primer lugar para transportar los abonos á los terrenos en que se les debe emplear, y en segundo para distribuirlos á distancias iguales en toda la estension de un campo. Este rodillo, al mismo tiempo que nivela los prados, deja caer en cada vuelta una cantidad de abono que se puede limitar, dejando mas ó menos abierta una puerta de corredera que se halla en uno de los lados de su circunferencia. El abono distribuido de este modo en cantidades y distancias iguales, es estendido en seguida por medio de la pala y exactamente repartido. Un caballo de fuerza ordinaria arrastra y distribuye así cosa de un metro cúbico.

El molino de M. Jannot, mecánico en Triel, muele y tamiza el yeso destinado para el cultivo. Este molino se compone de una corona hueca, en la cual gira una piedra vertical. Esta piedra se halla soportada por un árbol horizontal, en cuyo extremo se engancha un caballo de malacate. Detrás de la piedra marchan unos recojedores que quitan el yeso molido y lo vierten sobre un tamiz cónico colocado en el centro. El yeso suficientemente fino pasa al través de una tela metálica y cae bajo el molino, en donde es recojido. Los pedazos demasiado gruesos todavía resbalan por el cono y vuelven á caer en la vasija circular en donde son molidos de nuevo por la piedra. El



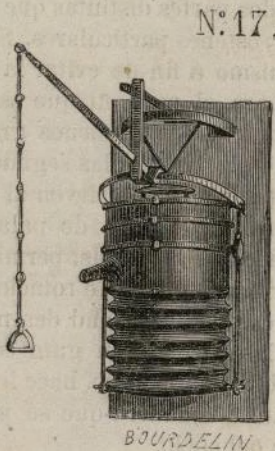
Nº 15.



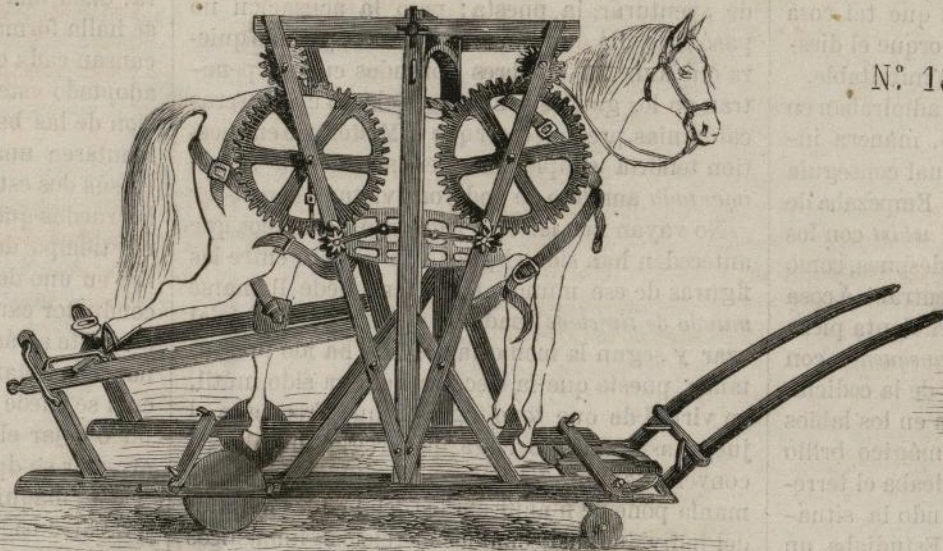
Nº 13.



Nº 14.



Nº 17.



Nº 16.



Nº 18

Nº 13. Henead. ra de doble accion. — Nº 14. Porta-abono distribuidor. — Nº 15. Molino de yeso. — Nº 16. Obra portátil. — Nº 17. Fuelle de fragua. — Nº 18. Fragua de émbolo de doble viento. Exposicion de agricultura en el palacio de la Industria. — Las máquinas. (Lámina 3ª.)

yeso llega así á un grado de tenuidad que le hace propio, no solamente para la agricultura, sino para la albañilería, el modelage, y en general para todas las artes plásticas.

El aparato de suspension, ú obra portátil fabricada por M. Baudoin, es de la mayor utilidad para el tratamiento de los caballos ó del ganado. El animal es conducido al lugar en que se halla el aparato y levantado con cinchas por medio de cabrias. Algunas correas fijan en seguida sus miembros en la posicion conveniente, siendo fácil entonces practicarle todas las operaciones quirúrgicas y tenerle forzosamente en pié durante todo el tiempo de la curacion. Está probado que un caballo puede vivir atado de esta manera y sostenido durante dos meses al menos. Este mismo aparato sirve para llevar á domicilio á los animales heridos durante sus trabajos. Los mariscales pueden con su auxilio, y sin el menor peligro, herrar á los caballos mas viciosos.

M. Enfer ha espuesto unos fuelles de fragua de un nuevo sistema y fraguas portátiles. Estos fuelles, en uso en las grandes fábricas metalúrgicas, son empleados tambien por los herreros, los mariscales, los cerrajeros-mecánicos, los esmalta-dores, los plateros, los químicos y en todas las explotaciones en las cuales se tienen que hacer con frecuencia reparaciones. Estos fuelles ocupan muy poco espacio; en las mismas fraguas portátiles, su lugar se halla completamente economizado, puesto que se les coloca bajo el hogar. Son cilindricos, de émbolo, sin frotacion y estan contenidos en una caja de madera ó de hierro batido. Desmóntaseles fácilmente. El cuero así garantizado se halla al abrigo de las averías que sobrevienen á los fuelles del antiguo sistema. Adáptanse á ellos unas válvulas de seguridad, destinadas á prevenir toda esplosion. Ellas impiden al mismo tiempo

que penetre el vapor en el fuelle y preservan á las válvulas interiores de la suciedad y del polvo. Este sistema ha sido adaptado á los hornos de los laboratorios de química, y permite, á causa de su poder ventilatorio, fundir los metales mas duros. Terminemos aquí esta lijera noticia acerca de las máquinas de la esposicion de 1860, y hagamos votos porque próximos concursos nos suministren la ocasion de elogiar á otros inventores.

EMILE BOURDELIN.
(J. R.)

AVISO.

Se previene á los Sres. suscritores de España, por trimestres, que el segundo de su suscripcion al MUNDO ILUSTRADO terminará con el número 26, y que si no quieren experimentar retraso en la recepcion de los números subsiguientes del periódico, se servirán renovarla sin demora.

IMPORTANTE

A fin de que los suscritores del *Mundo ilustrado* tengan completos los 52 números que deben formar el tomo correspondiente á 1860, la Empresa, que por circunstancias ajenas á su voluntad no pudo comenzar la publicacion del periódico en primero de enero, dará cinco números extraordinarios en los cinco meses que faltan hasta el treinta y uno de diciembre.

La traduccion del *Mundo ilustrado* se hace bajo la direccion del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.

CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

| | |
|----------------------|--------------------------------|
| ACAPULCO... | D. A. La Reina. |
| AREQUIPA... | D. Manuel G. de Castresana. |
| ARICA... | Sres. Calmann y Riobó. |
| BOGOTÁ... | D. Rafael Mogollon y Guzman. |
| BUENOS-AIRES... | D. Federico Real y Prado. |
| CAMPECHE... | D. F. Jimeno. |
| CARÁCAS... | Sres. Rojas, hermanos. |
| CARTAGENA... | D. Joaquin F. Velez. |
| COBILJA... | Sres. L. Durandau y Compañia. |
| CURACAO... | D. J. Blasini. |
| GUATEMALA... | D. Pablo Blanco. |
| GUAYAQUIL... | D. Luis Abadie. |
| HABANA... | D. Ant. La Mota. |
| HUASCO... | Sres. Charlain y Fernandez. |
| LA PAZ... | D. Pedro Vega. |
| LA UNION... | Sres. Gérard y Comp. |
| LIMA... | D. J. Mendel. |
| MÉJICO... | P. Bailly. |
| MENDOZA... | Sres. Maillefert y Comp. |
| MONTEVIDEO... | D. F. Civit. |
| PUERTO RICO... | D. Ventura Garaicoechea. |
| ROSARIO... | D. Federico Real y Prado. |
| SAN FRANCISCO... | D. Ignacio Guasp. |
| SAN MIGUEL... | Federico Reissig. |
| STA. MARTA... | M. Biesta. |
| SANTIAGO DE CHILE... | D. Ant. Blanco. |
| SANTO DOMINGO... | D. José A. Barros y Comp. |
| SERENA... | D. Pedro Yuste y Comp. |
| PAIRA... | Libreria agencia del Mercurio. |
| TACNA... | D. Ramon Morel. |
| TAMPICO... | D. A. Bonilla. |
| TRINIDAD... | D. Tristan Daniel Lopez. |
| VALDIVIA... | D. C. Lopez. |
| VALPARAISO... | D. Clemente Bartibas. |
| VERACRUZ... | D. A. Gutierrez y Victori. |
| | D. W. Carr. |
| | D. Tomás de Albarracin. |
| | D. Santos Tornero y Comp. |
| | D. Nicasio Ezquerra. |
| | D. Juan Carredano. |

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle A. Bourdilliat, 45, rue Breda.